

ISLAS DE FÁBULA Y GUERRA: CÓMO LAS MOLUCAS DEMARCARON EL NUEVO MUNDO

Ryan Dominic Crewe
Universidad de Colorado, Denver, EE.UU.

Este artículo explora los encuentros entre el incipiente Nuevo Mundo y el Archipiélago de las Molucas en el siglo XVI. Más allá de ser un estudio sobre expediciones, este es un examen de cómo las guerras y los proyectos de conquista de Hispanoamérica se entrelazaron en una disputa sobre las Molucas que comenzaba a mundializarse. Estas islas de leyenda, el epítome de las islas afortunadas que llenaban tantos vacíos en los mapas tardomedievales, eran el punto central de sueños y ambiciones en las fronteras transpacíficas de Hispanoamérica. A pesar de las prohibiciones oficiales de navegar a las Molucas después del tratado de Zaragoza de 1529, las islas mantuvieron su atractivo: eran un punto fijo, un destino que prometía riquezas inimaginables a quien lograra controlarlas. En contraste, el resto del vasto Océano Pacífico era pura especulación e incontables peligros. Las Molucas permeaban la geopolítica del Nuevo Mundo en dos registros. Primero, como idea, las Molucas eran un sueño primigenio que dio impulso a la América Española y que moldeó el pensamiento estratégico y geográfico de muchos conquistadores. En el Nuevo Mundo, la idea parecía alcanzable y rápidamente se materializó; movía capital y labor, y enviaba barcos al Mar del Sur. El segundo registro fue el archipiélago indígena en el Sureste Asiático, las Molucas mismas, al lado opuesto del gran océano, con su propia historia. Este artículo emplea las fuentes generadas por estos esfuerzos y expediciones, así como las etnohistorias de los pueblos indígenas de las Molucas y Mesoamérica, para examinar cómo los sueños hispanoamericanos sobre las Molucas se convirtieron en una fuerza globalizadora, y cómo las sociedades moluqueñas eventualmente delimitaron una frontera geopolítica del Nuevo Mundo. Así, lo que empezó como un horizonte soñado acabó siendo un campo de batalla que marcó el sangriento límite del Mar del Sur.

Palabras claves: Molucas; Islas de especiería; Nueva España; historia transpacífica; indigeneidad; Ruy López de Villalobos; clavo; guerras de conquista; Tratado de Zaragoza

ISLANDS OF FABLE AND WAR: HOW THE MOLUCCAS DEMARCATED THE NEW WORLD

This article explores the encounters between the New World and the Moluccan Archipelago in the sixteenth century. More than an account of expeditions, it examines how the wars and projects of New World conquest became entangled in a rapidly globalizing dispute over the Moluccas. These legendary islands, the epitome of 'fortunate isles' that filled so many late-medieval maps, were the focal point of dreams and ambitions on the transpacific frontiers of Spanish America. Despite royal prohibitions on voyaging to the Moluccas after the Treaty of Zaragoza of 1529, the Moluccas retained their allure: they remained a fixed point on the Spanish American horizon, a destination that promised unimaginable riches to whoever managed to control them. By contrast, the rest of the Pacific Ocean was the stuff of speculation and innumerable dangers. The Moluccas permeated the geopolitics of the sixteenth-century New World in two registers. First, as an idea, the Moluccas were a primordial dream that gave rise to Spanish America and that shaped the geostrategic thinking of many conquistadors and settlers. In the New World, this imagined destination seemed reachable, and it had very material consequences: it moved labor and capital, and it launched ships into the Mar del Sur. The second register was the indigenous archipelago in Southeast Asia, the Moluccas themselves, with their own history. This article draws on records generated by these Spanish American efforts and expeditions, as well as the ethnohistories of native peoples in the Moluccas and Mesoamerica, examining how New World dreams of the Moluccas became a globalizing force, and in turn, how Moluccan societies ultimately demarcated a geopolitical frontier of the New World. Thus, what began as a fabled horizon ended up as a battlefield that marked the bloodied limits of the Mar del Sur.

Keywords : Moluccas; Spice Islands; New Spain; transpacific history; indigeneity; Ruy López de Villalobos; cloves; wars of conquest; Treaty of Zaragoza

Artículos Recibido : 15 de Marzo de 2023

Artículo Aceptado : 20 de Abril de 2023

I. Cruce de horizontes

Tras varios días viajando hacia el Norte, los navegantes moluqueños avistaron la gran isla de Mindanao en el horizonte. Habían partido de su isla, Ternate, en *coracorás*, o embarcaciones con balancín. El propósito de la travesía carece de registro histórico y, su misión, cualquiera que esta fuera, se abandonó después de que los viajeros divisaran algo muy inusual en Sarangani, un islote justo al sur de Mindanao¹. Cerca de la orilla, pudieron distinguir una flota de grandes barcos estilo europeo que transportaban más de ochocientas personas, entre soldados, marineros y esclavos². ¿Quiénes eran? Para 1543, los moluqueños ya conocían las naves de los portugueses pues estos ya llevaban tres décadas comerciando, peleando en sus islas e interviniendo en sus reinos. Sin embargo, esta flota estaba alejada de las rutas normales y, aunque los portugueses ya habían tenido contacto con gobernantes de Mindanao, esta flota tenía más barcos de lo que solían tener las flotas portuguesas en estos mares³. Podría tratarse de españoles, a quienes los moluqueños también conocían, pero ninguna de las cuatro expediciones llegadas en los veinte años anteriores tenía una presencia tan imponente. Al darse cuenta de la importancia del descubrimiento, los marineros dieron la vuelta, navegaron de regreso a Ternate, contra los vientos del monzón y por ello probablemente remando gran parte del viaje. Informaron a Hairún, el Sultán de Ternate, quien a su vez les llevó ante los portugueses para que explicaran lo que habían visto. El

¹ «Carta do Rei Aerio», *As Gavetas da Torre do Tombo*, Gulbenkiana, Lisboa, 1960, vol. 9, p. 140. Hairun, el Sultán de Ternate, le informó al rey de Portugal que él y el rey de Tidore habían mandado los barcos y que la expedición era poco común, aunque no especificó el propósito del viaje. Sin embargo, hay evidencia de bastante tráfico entre las Molucas y Mindanao. Véase Scott, William Henry, *Barangay: Sixteenth-Century Philippine Culture and Society*, Ateneo de Manila University Press, Manila, 1994, pp. 170-178. Ubicadas en la parte oriental de la actual República de Indonesia, las Molucas, llamadas por europeos e hispanoamericanos “islas de especiería”, a principios del siglo XVI comprendían seis islas y sus mares: las cinco islas volcánicas donde se producía clavo (Ternate, Tidore, Moti, Makian, y Bacan), así como Halmahera, bastante más grande que las demás pero que no producía clavo en gran cantidad. Al norte de esta isla estaba el reino de Gilolo, crucial para los españoles en el archipiélago. En la Indonesia contemporánea, el topónimo de “las Molucas” o “Maluku” abarca una zona mucho más amplia. Andaya, Leonard, *The World of Maluku: Eastern Indonesia in the Early Modern Period*, University of Hawaii Press, Honolulu, 1993, pp. 47-59; Lobato, Manuel, *Política e comercio dos portugueses na Insulíndia: Malaca e as Molucas de 1575 a 1605*, Instituto Português do Oriente, Macau, 1999, pp. 91-92.

² Para detalles sobre el personal de la expedición, véase Varela, Consuelo, *El Viaje de don Ruy López de Villalobos a las islas del Poniente, 1542-1548*, Cisalpino-Goliardica, Milán, 1983, p. 9.

³ Dos expediciones portuguesas exploraron las costas de Mindanao en 1534 y 1538; las dos eran de un solo navío. Castanheda, Fernão Lopes de, *História do descobrimento e conquista da Índia pelos portugueses*, Lisboa, 1883, vol. 8, pp. 265, 460.

temor que desató el evento en la fortaleza lusa fue prueba suficiente de que la flota no era suya⁴.

La noticia de la flota fue la confirmación de un proceso globalizante que llevaba ya tres décadas desarrollándose en los mares del Sureste Asiático. La importancia geoestratégica de las Molucas crecía rápidamente, como una onda expansiva, alcanzando mares y continentes hasta entonces desconocidos por los oriundos del archipiélago. Y efectivamente, aquellos marineros ternateños se habían encontrado con una flota española, pero venida de América, no de España. Esta flota había salido en 1542, el año anterior, del puerto de Navidad, en la Nueva España, bajo el mando de Ruy López de Villalobos y con el patrocinio del Virrey de la Nueva España, Antonio de Mendoza⁵. La noticia fue tan intrigante para los moluqueños, como alarmante para los portugueses. Y es que, a pesar del Tratado de Zaragoza de 1529, en el que los reyes de España y Portugal reconocían a las Molucas como zona exclusiva de Portugal, sus rivales castellanos habían regresado desde el otro lado del Océano Pacífico a este mundo de islas. En palabras de un soldado y cronista portugués, la noticia de la llegada de la flota novohispana en Mindanao “*não fez pequeno movimento no coração dos portugueses*”, ya que el capitán luso, Jorge de Castro, solo disponía de 125 soldados y una vieja carabela para enfrentarse a seis navíos y cientos de soldados. Además, los portugueses tenían que vigilar a los nativos porque, como “*são amigos das novidades*”, el regreso de los castellanos a las Molucas podría darles la ocasión para alzarse contra los portugueses⁶. Siendo que su única defensa en ese momento era la vía legal, Castro envió emisarios en tres *coracorás* ternateñas, armados tan solo con un severo *requerimiento* que acusaba a los españoles de haber violado la demarcación portuguesa de las Indias Orientales⁷.

Así fue como, en las antípodas de Iberia, en un diminuto islote de escasas riquezas, españoles y portugueses se reunieron para regatear la división del planeta⁸. Los emisarios portugueses llevaban cartas que apenas lograban ocultar su temor ante la ambición española de hacerse de las Molucas, las “*islas de especiería*”, tan legendarias y codiciadas en el mundo europeo. Los españoles, en cambio, contaban con todo el

⁴ El Sultán Hairún declaró haber enviado las *coracorás* a Mindanao en abril, justo cuando empezaba el monzón del verano, que sopla desde el sur. Jorge de Castro fue informado por los navegantes ternateños en el mes de junio. «Carta de D. Jorge de Castro», *As Gavetas da Torre do Tombo*, Gulbenkiana, Lisboa, 1960, vol. 9, p. 365; «Carta do Rei Aéreo», *op. cit.*, p. 140.

⁵ Kelsey, Harry, *The First Navigators: Unsung Heroes of the Age of Discovery*, Yale University Press, New Haven, 2016, pp. 59-70; Spate, O.H.K. *The Spanish Lake*, ANU Press, Canberra, 2004, pp. 97-100.

⁶ Rebelo, Gabriel, «*Informação sobre as molucas*», Sá, Artur Basílio de, *Documentação para a história das missões do padroado português do Oriente*, Agência Geral do Ultramar, Lisboa, 1955, p. 197.

⁷ *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de ultramar*, vol. 2, Sucesores de Ribadeneyra, Madrid, 1885, p. 67 [abreviatura en las siguientes notas: CDIU]. Varela, Consuelo, *op. cit.*, p. 13; «Carta de D. Jorge de Castro», *op. cit.*, p. 365; Rebelo, *op. cit.*, p. 198; «Carta do Rei Aéreo», *op. cit.*, p. 140.

⁸ Sobre la historia de la idea del antimeridiano de Tordesillas en la expansión ibérica, véase: Esguerra Abadía, Ramón, «La idea del antimeridiano», ed. Mota, A. Teixeira de, *A viagem de Fernão de Magalhães e a questão das Molucas*, Junta de Investigações Científicas do Ultramar, Lisboa, 1975.

poderío económico y político que prometían las emergentes colonias americanas. Consecuentemente, los portugueses se cifieron a los favorables términos del tratado de Zaragoza, que cedía las Molucas a Portugal hasta el momento en que pudiera determinarse con precisión la ubicación del antimeridiano de la línea de Tordesillas, la demarcación ibérica del planeta que se sospechaba pasaba cerca de las Molucas⁹. A pesar de que los representantes españoles negaban toda intención de entrar en las Molucas, insistieron en que Sarangani y Mindanao estaban dentro de la demarcación castellana del Tratado de Zaragoza, e incluso sugirieron que las Molucas estaban dentro del antimeridiano, que todavía estaba por definirse con exactitud¹⁰. Este era un claro indicio de que los castellanos, sobre todo los de Hispanoamérica, no habían abandonado del todo el sueño de enriquecerse apoderándose de las islas de especiería. Después de todo, el comercio del clavo, el más lucrativo del mundo en términos de relación peso-precio, aún estaba en juego.

Mientras españoles y portugueses debatían entre ellos, en esta playa donde se cruzaban sus fronteras, los nativos de los mares de Mindanao y las Molucas, al margen del desencuentro, tomaron nota y difundieron la noticia. Aunque estas comunidades eran sistemáticamente menospreciadas en las crónicas ibéricas, su experiencia a lo largo de varios siglos en el globalizante comercio de las especias les había enseñado que sus islas siempre serían objeto de codicia. Así, a pesar de la lejanía que había entre la playa de Sarangani y Ternate, su isla, los navegantes pudieron darse cuenta de que la pelea que estaban presenciando fundamentalmente era sobre su archipiélago. Esta disputa involucraba los recursos humanos y naturales de un continente hasta entonces desconocido para los moluqueños. La evidencia estaba frente a todos: la mitad de la expedición estaba formada de esclavos amerindios o comprados en el comercio transatlántico de esclavos¹¹. Más que una encrucijada de gentes, las Molucas fueron una tempranísima encrucijada de historias globales.

Este artículo explora estos turbulentos y trascendentales encuentros entre el incipiente Nuevo Mundo y el Archipiélago de las Molucas en el siglo XVI. Más allá de ser un estudio sobre expediciones, este es un examen de cómo las guerras y los proyectos de conquista del Nuevo Mundo sobre las Molucas se entrelazaron en una disputa que comenzaba a mundializarse. A pesar de que la historiografía de Hispanoamérica las haya pasado por alto, la influencia de las Molucas en la formación del Nuevo Mundo excedía por mucho el diminuto tamaño de estas islas y reducía la lejanía geográfica casi a la insignificancia. Estas islas de leyenda, el epítome de las islas afortunadas que llenaban tantos vacíos en los mapas tardomedievales, eran el punto central de sueños y ambiciones en las fronteras transpacíficas de Hispanoamérica. A pesar de las prohibiciones oficiales de navegar a las Molucas después del tratado de Zaragoza de 1529, las islas mantuvieron su atractivo pues, siendo el Mar del Sur incierto e insondable,

⁹ «Carta de confirmação do contrato de Maluco», *As Gavetas da Torre do Tombo*, Gulbenkiana, Lisboa, 1960, vol. 9, p. 353; «Relación anónima» en Varela, Consuelo, *op. cit.*, p. 102.

¹⁰ Biblioteca do Palácio de Ajuda, Índia Portuguesa, tomo I, ff. 2r, 8r; *CDIU*, *op. cit.*, pp. 79-80, 90.

¹¹ Varela, Consuelo, *op. cit.*, pp. 9, 26-27, 31, 38.

las Molucas eran un punto fijo, un destino que prometía riquezas inimaginables a quien lograra controlarlas. En contraste, el resto del vasto Océano Pacífico era pura especulación e incontables peligros. En total, tres expediciones alcanzaron las Molucas desde el Nuevo Mundo, entre el viaje de Magallanes (1519-1521) y el de Legazpi (1565). Además, se planearon otras expediciones, y un sinnúmero de propuestas para llegar a las Molucas circulaban en las primeras décadas febriles de Hispanoamérica. Las Molucas permeaban la geopolítica del Nuevo Mundo en dos registros. Primero, como idea, las Molucas eran un sueño primigenio que dio impulso a la América Española y que moldeó el pensamiento estratégico y geográfico de muchos conquistadores. Desde el Nuevo Mundo, la idea parecía alcanzable y rápidamente se materializó; movía capital y labor, y enviaba barcos al Mar del Sur. El segundo registro fue el archipiélago indígena en el Sureste Asiático, las Molucas mismas, al lado opuesto del gran océano, con su propia historia. Este artículo emplea las fuentes generadas por estos esfuerzos y expediciones, así como las etnohistorias de los pueblos indígenas de las Molucas y Mesoamérica, para examinar cómo los sueños hispanoamericanos sobre las Molucas se convirtieron en una fuerza globalizadora, y cómo las sociedades moluqueñas eventualmente delimitaron una frontera geopolítica del Nuevo Mundo.

La historiografía de los castellanos en las Molucas se ha ceñido a los parámetros, metodologías y perspectivas de la historia de la exploración y expansión europea. El reciente quinto centenario del viaje de Magallanes ha dejado nueva evidencia del hecho que las Molucas han servido desde hace mucho como una escena discursiva para las historias de origen de no menos de cuatro imperios europeos. En el caso del imperio español y sus conexiones con las Molucas, la epopeya magallánica capta la atención de los historiadores y arroja su sombra sobre las expediciones posteriores¹². En su reciente artículo, Luis Alonso Álvarez señala que esta perdurable fascinación por Magallanes ha dejado varios puntos ciegos en la historiografía: oculta la conexión entre la historia de la carrera de las especias que precedía el viaje de Magallanes y el período subsiguiente, justo cuando precisamente las sociedades emergentes del Nuevo Mundo empezaban a tener más protagonismo en esta historia¹³. Estas historias sobre los españoles en las Molucas tienden a apoyarse en una visión metropolitana de la España imperial, en vez de en una interpretación multipolar de la historia imperial de historiadores como Henry Kamen, o en el caso específico de la historia transpacífica, de Mercedes Maroto Camino¹⁴.

¹² Dos recientes estudios ofrecen interpretaciones nuevas sobre la famosa circunnavegación: véase Fernández-Armesto, Felipe, *Straits: Beyond the Myth of Magellan*, University of California Press, Berkeley, 2022; Soler, Isabel, *Magallanes & Co.*, Acantilado, Madrid, 2022.

¹³ Álvarez, Luis Alonso, «Caminos sobre la mar. Las expediciones a las islas de la especiería después de Magallanes, 1525-1564», *Historia Mexicana*, vol. LXXII, n° 2, 2022 (pp. 539-614).

¹⁴ Un ejemplo de la perspectiva metropolitana se encuentra en la bien investigada obra de Leopoldo Stampa: véase Stampa, Leopoldo, *Los galeones de las especias: España y las Molucas*, Edaf, Madrid, 2020; así como Gil, Juan, *Mitos y utopías del descubrimiento, Vol. 2: El Pacífico*, Alianza, Madrid, 1989. Un ejemplo clásico de una historia descentralizada del imperio español se encuentra en Kamen, Henry, *Empire: How Spain became a World Power*, Harper Collins, New York, 2003; véase también Maroto Camino, Mercedes, *Exploring the Explorers: Spaniards in Oceania, 1519-1794*, Manchester University Press, Manchester, 2008.

A la sombra de la gesta magallánica, la historiografía de la Hispanoamérica colonial, sobre todo la de México, ha desarrollado una narrativa de expansión transpacífica. La historia de las nociones hispanoamericanas del Mar del Sur es clave para entender cómo estas sociedades coloniales emergentes ubicaban su continente en un incierto y cambiante mapamundi, y la forma en que daban sentido a sus posibilidades geopolíticas. Miguel León Portilla, Harry Kelsey, Iván Valdez-Bubnov, y Andrés Reséndez, entre otros, han mostrado cómo la idea de las islas de especiería dio lugar a las exploraciones del Mar del Sur, y a la larga sentó las bases para la relación transpacífica entre la Latinoamérica colonial y el Asia marítima¹⁵. Ricardo Padrón, por su parte, ha demostrado que una serie de proyectos transpacíficos del siglo XVI estaban basados en una cosmografía que consideraba que las Molucas y Asia formaban parte de las mismas ‘Indias’ que América¹⁶. Tal como los mapas que yuxtaponían, de forma tan tentadora, al Nuevo Mundo y a Asia, esta corriente de estudios transpacíficos cambió el contexto cosmográfico, permitiéndonos entender lo fundamental que fue el proyecto transpacífico para el Nuevo Mundo.

Sin embargo, aún queda mucho por estudiar de estas historias de peligrosas navegaciones, naufragios y cosmografía. En ambos lados del Océano Pacífico, las historias indígenas fueron marginalizadas en las fuentes ibéricas y, consecuentemente, la historiografía de los grupos indígenas ha quedado al margen de estudios que se enfocan principalmente en navíos, tripulaciones, inversionistas y visiones cosmográficas¹⁷. Este artículo examina el encuentro transpacífico entre dos mundos que experimentaron algunos de los procesos más disruptivos de la globalización temprana, y se inspira en los estudios de encuentros transculturales en el Pacífico de los siglos XVIII y XIX, de historiadores como David Iglar, Greg Denning, y Paul D’Arcy¹⁸. El mundo moluqueño y el mesoamericano obviamente tenían poco en común, pero compartían la experiencia de haberse reconstruido durante las mismas décadas y en la estela de las incursiones ibéricas. En ambas regiones, los grupos indígenas e ibéricos se veían obligados a adaptarse, a abandonar algunas de sus costumbres y hábitos y, sobre todo, a improvisar sobre la marcha. Las circunstancias sin precedentes les obligaron a desarrollar lo que el historiador de Polinesia, IC Campbell, llamó “culturas de contacto cultural”. Los contactos sin precedentes, afirma, “producían formas de

¹⁵ Varela, Consuelo, *op. cit.*; León Portilla, Miguel, *Hernán Cortés y la Mar del Sur*, Algaba, Madrid, 2005; Kelsey, Harry, *op. cit.*; Valdez-Bubnov, Iván, *La conquista y el mar: una historia global*, UNAM, Ciudad de México, 2021; Reséndez, Andrés, *Conquering the Pacific: An Unknown Mariner and the Final Great Voyage of the Age of Discovery*, Houghton Mifflin, Boston, 2021; Rubio Mañé, José Ignacio, «La expedición de Miguel López de Legazpi a Filipinas», *Boletín del Archivo General de la Nación*, vol. 5, 1964 (pp. 427-798).

¹⁶ Padrón, Ricardo, *The Indies of the Setting Sun: How Early Modern Spain Mapped the Far East as the Transpacific West*, Chicago University Press, Chicago, 2020.

¹⁷ Para una excepción, véase Maroto Camino, Mercedes, *op. cit.*

¹⁸ Iglar, David, *The Great Ocean: Pacific Worlds from Captain Cook to the Gold Rush*, Oxford University Press, Oxford, 2013; Denning, Greg, *Islands and Beaches: Discourses on a Silent Land: Marquesas, 1774-1880*, University of Hawai’i Press, Honolulu, 1980; D’Arcy, Paul, *The People of the Sea: Environment, Identity, and History of the Pacific: 1500-1900*, University of Hawai’i Press, Honolulu, 2006.

comportamiento” pertenecientes a una cultura improvisada que surgía de los encuentros, y que no necesariamente estaba arraigada en la “cultura original de la vida cotidiana o en su cultura de la experiencia normal”¹⁹. Los grupos que habitaban la playa de Sarangani tenían muy poco en común, pero compartían una profunda incertidumbre, producto de varias décadas de turbulencia en sus respectivas vidas y sociedades.

En la playa de Sarangani, y más tarde en las Molucas, se entrelazaron las historias de los recientes tumultuosos tiempos en América, Insulindia y el Océano Índico. Las expediciones procedentes de América llevaban consigo el legado de varias décadas de interacciones transculturales e improvisaciones en las guerras de conquista, que Campbell llamó “comportamientos dictados por la novedad del encuentro”²⁰. La expansión transpacífica del Nuevo Mundo destiló una cultura de conquista que buscaba sacar provecho de una miríada de culturas, economías y gobiernos indígenas para sus futuras conquistas. Esta experiencia enseñó a los inversionistas y a los conquistadores a tomar las prohibiciones oficiales con un grano de sal mientras buscaban su próxima oportunidad. Y, al contrario de sus propias versiones de esta historia, sus empresas hubieran sido imposibles sin la inteligencia y labor indígena. Estas culturas de conquista hispanoamericanas interactuaban con el mundo marítimo de las Molucas, en el que, a lo largo de los siglos, los isleños habían desarrollado sus propias prácticas para relacionarse con comerciantes de larga distancia provenientes de varias partes de la Asia marítima.

Tal como ocurrió con los españoles en el Nuevo Mundo, la violencia colonial de los portugueses provocó una ruptura en gran parte de estas prácticas. Las novedosas formas de terror y, a largo plazo, el intervencionismo colonizador, obligaron a los moluqueños a improvisar una nueva cultura de contacto cultural para poder lidiar, primero con una y luego con dos potencias ibéricas que tenían toda la intención de ocupar el archipiélago y llevar a sus gobiernos al vasallaje. Tal como los pueblos indígenas de las fronteras del Nuevo Mundo en el sur de Chile, Amazonía o en los llanos y desiertos de la América Septentrional, los moluqueños impusieron condiciones de lo que los ibéricos podían lograr. De entre todos los pueblos del sureste asiático, los isleños de las Molucas habían vivido ya algo parecido a una historia del Nuevo Mundo incluso antes de que llegaran los barcos desde América.

Lejos de ser una antípoda o una nota al pie en la historia global, estos encuentros entre “culturas de contacto cultural” de Molucas, Hispanoamérica, Mindanao y Portugal forman uno de los epicentros de la globalización del siglo XVI. En la playa de Sarangani se enfrentaron y conectaron ibéricos de dos esferas de guerras coloniales: los españoles provenían de una “Nueva España” donde una larga guerra de conquista aún hacía estragos, mientras que los portugueses venían de Asia, de un mundo marítimo donde se habían apropiado de las redes mercantiles locales. En la playa de Sarangani, ambos

¹⁹ Campbell, I.C. «The Culture of Culture Contact: Refractions from Polynesia», *Journal of World History*, vol. 14, n° 1, 2003, p. 64.

²⁰ *Ibidem*, p. 86.

grupos hicieron su representación diplomática, reclamando su derecho sobre unas islas en medio de un inmenso mundo indígena marítimo. No obstante el rol marginal de los moluqueños en los documentos ibéricos, en los cuales solo son descritos como remeros, gobernantes mezquinos y corruptos o esclavos, ellos dieron forma a este emergente Mar del Sur hispano-asiático. Lejos de las especulaciones sobre las líneas de demarcación de los imperios, las relaciones de poder en esta frontera marítima indígena delimitaron las posibilidades de los intrusos. Las Molucas ejercían fuerzas contrarias sobre el Nuevo Mundo: simultáneamente imponían límites a este, mientras lo atraían cada vez más, con consecuencias devastadoras que perdurarían a lo largo de los siglos XVI y XVII.

Para comprender los orígenes de esta historia transpacífica, hay que empezar por las ruinas de México, en los 1520, cuando los sueños de la especiería eran una tentadora distracción que alejaba la mente de las guerras en tierra firme y que fijaba la mirada de los conquistadores en el cercano poniente, allende el Mar del Sur.

II. La fábula y la conquista

Tras varios meses en alta mar, los víveres empezaron a escasear en el patache *Santiago*. Pero, justo cuando los tripulantes se debilitaban a causa del hambre, avistaron una barra de arena en el horizonte. Habían zarpado el año anterior desde La Coruña en la armada del comendador Loaisa, con el objetivo de alcanzar las Molucas. Sin embargo, en los primeros meses de 1526, cerca de Cabo Deseado, en la desembocadura occidental del Estrecho de Magallanes, un temporal les separó del resto de la armada y el clima les condenó a navegar solos en un mar desconocido. Temiendo el hambre que casi acabó con la armada de Magallanes cuando cruzó el Pacífico, a los navegantes les pareció una locura intentar atravesar ese océano inexplorado por los europeos y cambiaron su curso hacia la única costa occidental de América que conocían en estas aguas: la Nueva España. Meses más tarde, cuando por fin divisaron tierra firme, no les quedaba fuerza alguna para buscar puerto seguro, ni tenían ningún batel para explorar la zona. Uno de los hombres tendría que arriesgarlo todo y nadar hasta la playa. Así que el capellán del barco, el Padre Arrayzaga, se ofreció a hacerlo. Se quitó toda la ropa salvo las calzas y el jubón, se ató a un baúl, tomó una espada y algunos objetos con que hacer trueque “para que los indios no le matasen o comiesen”, y se lanzó al mar. Como los españoles solo habían explorado una ínfima parte de la costa occidental de América, Arrayzaga no tenía idea ni de dónde estaba, ni con quién se encontraría al otro lado de las gigantescas olas²¹.

El oleaje casi ahogó al cura, pero logró alcanzar la orilla, donde exhausto, colapsó. Y al contrario de la hostil acogida que tanto temía, los locales corrieron a la playa para socorrerle, revivirle y luego llevarle ante su gobernante. De entre todas las inexploradas costas de este continente desconocido donde los tripulantes del *Santiago* podrían haber naufragado, por mera casualidad habían llegado a la costa de Tehuantepec,

²¹ Ésta fue la primera llegada de europeos por mar a la costa occidental de América. «Relación que dió Juan de Areizaga», Navarrete, Martín Fernández de, *Colección de los viages y descubrimientos que hicieron por mar los Españoles desde fines del siglo XV*, Madrid, 1837, p. 223; Fernández de Oviedo, Gonzalo, *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra-firme del mar océano*, Real Academia de la Historia, Madrid, 1852, pp. 50-55.

específicamente a la playa de Mazatán, cerca de una cabecera de poder indígena de la zona. Los hombres habían arribado a los confines de una Nueva España, que en ese momento se erigía en medio de guerras sin cuartel, ecologías y economías indígenas en colapso, y negociaciones de alianzas entre españoles e indígenas²². Apenas tres años atrás, grupos indígenas de esa misma zona se habían alzado contra las depredaciones de los lugartenientes de Cortés; un año después del arribo del *Santiago*, se rebelaron nuevamente²³. Los tripulantes de la nave habían llegado en el momento preciso, cuando gracias a una frágil paz entre Cortés y los gobernantes chontales, estos no dudaron en auxiliarles y llevarles al cuartel de Cortés en México-Tenochtitlán. En América y en Asia, detrás de las tribulaciones de las empresas transpacíficas, se hallaba la infraestructura de las relaciones de poder coloniales: la labor de pueblos indígenas procurada por fuerza y negociación, los recursos locales que se extraían y movilizaban y, en un sentido más amplio, el constante proceso de inventar y reelaborar la indigeneidad e indianeidad como categorías colonizables de la humanidad. Fue la bondad indígena la que salvó al cura, pero la relación colonial de poder aseguró que ese acto de socorro tuviera un alcance global.

La llegada del Padre Arrayzaga a México-Tenochtitlán en 1526, cuando aún humeaban las cenizas de la conquista, reunió dos grandes proyectos castellanos que buscaban dominar las islas de especiería y que hasta ese momento se habían desarrollado por separado. En Castilla, Arrayzaga fue parte de una gran empresa que heredó el sueño magallánico y que movilizaba a inversionistas, cadenas de suministro y producción, además de apoyo institucional para enviar expediciones a través del Estrecho de Magallanes²⁴. En México, el cura se encontró con otros sueños para alcanzar la especiería que, a pesar de compartir la misma raíz que el proyecto castellano, se desarrollaron de forma distinta en el escenario americano. El Nuevo Mundo invitaba a imaginar nuevas rutas y a aprovechar las lecciones de un sinfín de guerras de conquista para alcanzar este destino²⁵. A pesar de la incertidumbre y el caos de la posconquista y, aún cuando los conquistadores encontraban resistencia por doquier al querer reivindicar su derecho a gobernar, continuaban dedicando sus riquezas y energía para llegar a las especierías. A solo unas semanas de haber tomado Tenochtitlán y todavía lejísimos de dominar el resto del Anáhuac, Hernán Cortés había puesto su mirada en las Molucas²⁶. ¿Cómo se explica este impetuoso anhelo por alcanzar una isla lejana después de haber derrotado al imperio más grande hasta entonces desconocido por los europeos? ¿Por qué, dadas las múltiples distracciones y promesas del Nuevo Mundo, conquistadores,

²² Navarrete, Martín Fernández de, *op. cit.* p. 223; «Carta de Cortés a Caboto», *op. cit.*, p. 458; Fernández de Oviedo, Gonzalo, *op. cit.*, pp. 50-55; Herrera y Tordesillas, Antonio de, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas i tierra firme del mar océano*, Madrid, 1601, pp. 336-338.

²³ Gerhard, Peter, *A Guide to the Historical Geography of New Spain*, University of Oklahoma Press, Norman, 1993, p. 123.

²⁴ Álvarez, Luis Alonso, *op. cit.*

²⁵ Gruzinski, Serge, *The Eagle and the Dragon: Globalization and European dreams of Conquest in China and America in the Sixteenth Century*, Polity Press, Cambridge, 2014.

²⁶ Cortés, Hernán, *Cartas de relación*, Porrúa, Ciudad de México, 2005, pp. 354-355; Gruzinski, Serge, *op. cit.*, pp. 198-199.

inversionistas y colonos dedicaban tanta energía y capital para hacerse de... unas flores secas?

El violento nacimiento del Nuevo Mundo como espacio colonizable en el siglo XVI fue inseparable de los sueños y proyectos del Viejo Mundo para llegar a las islas de especiería. Durante la época medieval, estas islas eran un destino legendario, trascendente e inalcanzable en el imaginario europeo. Si bien la conquista de México fue el epítome de la novedad y la sorpresa cosmográfica para los europeos del siglo XVI, el primer arribo europeo a las Molucas pocos años antes representaba el cumplimiento de una expectativa antiquísima. Los europeos asociaban las especias exóticas con la salud, y su cosmografía ubicaba su lugar de origen cerca del Paraíso Terrestre, en el extremo oriental del hemisferio euroasiático²⁷. Los europeos también relacionaban las especias, gemas y otros productos exóticos con las regiones ecuatoriales, y especulaban que en estas “Indias” había un sinfín de islas aún por descubrir que albergaban otras maravillosas rarezas²⁸. Pero entre todos los lujos orientales, reales e imaginados, fue el clavo el que tuvo el poder de echar mil navíos al agua. Cosechado de los capullos secos del árbol de hoja perenne *Eugenia caryophyllus*, exclusivamente en el microclima de las faldas volcánicas de cuatro diminutas islas en las Molucas, el clavo, a lo largo de los siglos, siempre alcanzó precios astronómicos gracias a sus usos medicinales y culinarios. Su rareza y gran lejanía entre el punto de origen y casi todos sus mercados de consumo, no solo aumentaban su atractivo sino que también hacían del clavo uno de los productos más lucrativos en el mundo premoderno. En el siglo XVI, el margen de ganancia del clavo desde el punto de producción hasta la venta en el mercado del Norte de Europa alcanzaba hasta 35,000%²⁹. No es de extrañar, entonces, que Cortés se permitiera soñar con esta exótica especia a pesar de tener a la mano el gran botín de Tenochtitlán.

Desde sus inicios, la América española estuvo involucrada en la contienda ibérica por poseer las especierías, ese frenesí de expediciones y propuestas de negocios que llegó a circundar el mundo. Buena parte de las primeras exploraciones de las costas americanas buscaban estrechos a través o alrededor de la masa continental para alcanzar las riquezas más lejanas y codiciadas de Asia antes que los portugueses. La expedición de Pinzón-Solís, por ejemplo, en 1509 exploró las costas entre Venezuela y la península del Yucatán en busca de un estrecho que los llevara hacia el occidente y hasta Asia porque los castellanos se habían enterado de los constantes avances de los portugueses en el Océano Índico hacia el oriente³⁰. Cuatro años más tarde, la llegada de Balboa al Mar del Sur fue una bienvenida noticia por los españoles, cabizbajos tras la conquista portuguesa de Malaca dos años antes. Poco después surgieron propuestas para usar el istmo de Panamá como centro de almacenaje y distribución entre las

²⁷ Freedman, Paul, *Out of the East: Spices and the Medieval Imagination*, Yale University Press, New Haven, 2008.

²⁸ Gil, Juan, *Mitos...*, op. cit., p. 46; Wey Gómez, Nicolás, *The Tropics of Empire: Why Columbus Sailed South to the Indies*, MIT Press, Cambridge, 2008.

²⁹ Keay, John, *The Spice Route: A History*, University of California Press, Berkeley, 2007, p. 201.

³⁰ Tudela y Bueso, Juan Pérez de, op. cit., pp. 635, 679; Álvarez, Luís Alonso, op. cit., pp. 548-549.

Molucas y España³¹. La misma idea sobre el istmo inspiró a los conquistadores en Mesoamérica. Cortés, por ejemplo, en su desventurada expedición a Honduras en 1525, dijo que un pasaje que conectara el Mar del Sur con el Mar del Norte era “lo que más deseo encontrar”. En esos años, Pedro de Alvarado buscaba lo mismo en Guatemala³².

El momento en que el Padre Arrayzaga logró escapar del oleaje de aquella playa en Mazatán no solo fue crucial en su viaje, sino que también marcó un importante cambio en el incipiente papel global de Hispanoamérica. Arrayzaga se había embarcado en una expedición basada en una visión magallánica que consideraba la masa continental americana como un problema cosmográfico, un obstáculo en el camino occidental hacia Asia que se debía rodear. Sin embargo, había desembarcado en una sociedad colonial en la que, al estar alejada de las empresas organizadas en Iberia, los colonos aprovechaban una nueva economía política de conquista para desarrollar sus propios proyectos para alcanzar estas islas. Apenas apagadas las cenizas de la conquista surgieron astilleros a las orillas del Pacífico, en Panamá, Nicaragua, Guatemala y México, donde se empleaba la labor indígena para construir galeones capaces de cruzar el océano³³. Con estos proyectos, el Nuevo Mundo sufrió una metamorfosis y pasó de ser un obstáculo a convertirse en una plataforma que, gracias a sus vastos recursos, tuvo el potencial para transformar la geopolítica de la lucha global por las Molucas.

La fortuita llegada del Padre Arrayzaga en 1526 dio un nuevo ímpetu a estos proyectos transpacíficos. Por mera casualidad, en ese mismo momento Cortés recibió una cédula real que le ordenaba preparar una armada para ir en busca de otras dos armadas de especería que se habían extraviado. El conquistador tenía ahí mismo a un superviviente de una de ellas, el Padre Arrayzaga³⁴. Cortés ordenó terminar la construcción de tres carabelas, y nombró capitán de esta armada a su propio primo, Álvaro Saavedra Cerón³⁵. Pero aparentemente, la desesperación hizo a la Corona olvidar que encargar tareas a Cortés siempre salía caro. El conquistador nunca desaprovechaba una buena oportunidad y, en esta ocasión, logró transformar el encargo real en un pretexto para iniciar la conquista de las Molucas. En sus instrucciones a su primo, Cortés le ordenó construir una fortaleza, establecer relaciones con los gobernantes locales, y procurar árboles de clavo para poder transferirlos a México. Sus sueños de riqueza y gloria en el gran océano nunca se desvanecieron: por el resto de su vida, ostentó el título de Capitán General del Mar del Sur³⁶. Fue con la llegada del cura naufragado, los

³¹ Valdez-Bubnov, Iván, *op. cit.*, p. 72; Esguerra Abadía, Ramón, *op. cit.*, p. 15; Archivo General de Indias Patronato 36, r. 6; Pat 39, r. 10.

³² León Portilla, Miguel, *op. cit.*, p. 51.

³³ Valdez-Bubnov, Iván, *op. cit.*; Kelsey, Harry, *Cabrillo*, Huntington Library Press, San Marino, 1986, pp. 65-72; Solano, Francisco de, «Navíos y mercaderes en la ruta occidental de las especias (1519-1563)», ed. Mota, A. Teixeira de, *A viagem de Fernão de Magalhães e a questão das Molucas*, Junta de Investigações Científicas do Ultramar, Lisboa, 1975, p. 596.

³⁴ León Portilla, Miguel, *op. cit.*, p. 53; Navarrete, Martín Fernández de, *op. cit.*, pp. 458-459.

³⁵ «Instrucción a Saavedra» en Navarrete, Martín Fernández de, *op. cit.*, p. 454.

³⁶ *Ibidem*; McNutt, Francis Augustus, *Letters of Cortes*, vol. I, G.P. Putnam's Sons, New York, 1908, p. 77.

conquistadores que construían astilleros y el arduo trabajo forzado de los indígenas, que comenzó la larga saga de Hispanoamérica en las Molucas.

La transformación de América de obstáculo a plataforma para las expediciones a las Molucas estuvo acompañada por la creencia hispanoamericana de que el Pacífico era estrecho y por ende fácilmente navegable. Los proyectos transpacíficos suponían que América tenía la ventaja de estar más cerca del Oriente que de Europa. Tal cercanía situaba al Lejano Oriente en el cercano Oeste del Nuevo Mundo. Ricardo Padrón demuestra que el elemento clave en esta visión cosmográfica es la idea de que el Mar del Sur era angosto³⁷. En 1511, por ejemplo, el piloto portugués João de Lisboa exploró el Río de la Plata y declaró que Malaca seguramente se hallaba “no más de seiscientos millas al oeste de Brasil”³⁸. Nueve años después, el desastroso periplo de Magallanes demostró lo contrario, pero la terca idea de que el Mar del Sur era angosto persistió. Mientras en España cronistas como Oviedo y Anghiera especulaban sobre un Mar del Sur diminuto, en México los colonos españoles dieron por hecho que ya estaban en las inmediaciones de Asia³⁹. “Las especierías están tan cerca,” testificó contra Cortés un opositor en México, en 1529, que serían demasiado tentadoras para este gran usurpador. Si se le permitiera al conquistador construir su armada y navegar a las Molucas, advirtió, “morirá con corona”⁴⁰.

En los años 1540, el viaje de Villalobos a las islas de Poniente formaba parte de una estrategia del virrey Antonio de Mendoza para explorar el Mar del Sur. Cabrillo fue enviado hacia el norte, siguiendo las costas de California, mientras Villalobos navegó hacia el poniente hasta alcanzar Asia. El virrey esperaba que las dos expediciones se encontrarían en algún lugar cerca de China. De hecho, el virrey novohispano tenía tanta confianza en la teoría de un Mar del Sur pequeño que ordenó a Cabrillo dejar señales a lo largo de la costa californiana en caso de que Villalobos pasara por ahí en su regreso a México⁴¹. En la cartografía española de la época se ubica a la Nueva España al lado de Japón, mientras que en los mapas de Battista Agnese, las Molucas no quedan mucho más lejos de la Nueva España que el Perú o Santo Domingo⁴². Al otro lado del Océano Pacífico, las autoridades portuguesas también creían que un mar estrecho separaba a las Molucas del Nuevo Mundo. En 1534, el capitán de los portugueses en las Molucas, Tristão de Ataíde, advirtió que los españoles fácilmente podrían enviar una armada desde el Nuevo Mundo que llegaría “en muy poco tiempo.” Y, en efecto, el Océano Pacífico sí era estrecho si pensamos en términos de conexiones humanas y no de geografía: apenas

³⁷ Padrón, Ricardo, *The Indies...*, *op. cit.*

³⁸ Denucé, Jean, *Magellan, la question des Moluques et la premiere circumnavigation du globe*, Hayez, Bruselas, 1911, p. 74.

³⁹ Padrón, Ricardo, *The Indies...*, *op. cit.*, pp. 94-95.

⁴⁰ Martínez, José Luís, *Documentos cortesianos*, vol. I, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 1993, pp. 413-414.

⁴¹ Kelsey, Harry, *Cabrillo...*, *op. cit.*, pp. 103, 110; Santa Cruz, Alonso de, *Crónica del Emperador Carlos V*, vol. 5, Imprenta del Patronato de huérfanos, Madrid, 1923, pp. 133, 481-486.

⁴² Padrón, Ricardo, *The Indies...*, *op. cit.*, p. 130.

unos años después del naufragio del padre Arrazyaga, un desertor español de la expedición de Saavedra le contó a Ataíde sobre el electrizante efecto que tuvo sobre Cortés la llegada del cura a México. El desertor también informó a Ataíde que el conquistador estaba construyendo barcos y que tenía la intención de tomar las Molucas. Alarmado por la noticia, Ataíde advirtió a las autoridades portuguesas en Goa y Lisboa⁴³.

La supuesta proximidad de Hispanoamérica a las especierías y a tierra firme de Asia fue particularmente útil para Cortés mientras preparaba su flota transpacífica después la llegada de Arrayzaga. En las instrucciones para su primo, Cortés imaginaba e impulsaba la idea de que México estaba convenientemente cerca de las Molucas y, en este esquema, la Nueva España serviría como puente entre el Atlántico y el Pacífico “por ser estas tierras muy cerca a aquéllas.” La nueva colonia novohispana llegaría a ser el centro del comercio global de especias. En su mensaje a la expedición, Cortés prometió que los refuerzos pronto llegarían desde México “pues estoy tan cerca”⁴⁴. Las guerras de conquista proporcionaban un guión conocido para la misión. Los tripulantes, dijo Cortés, eran un puñado de valientes en un lugar lejano y extraño: “Estáis tan lejos de nuestra nación y nuestra fe,” declaró, “y tan pocos entre tan grande multitud de infieles y gente bárbara”⁴⁵.

El mito cortesiano y, en general la experiencia de las guerras de conquista en América, ahora servían como guión a seguir en las Molucas. Cortés creía que pronto llegaría el momento en que podría “subyugar aquellas islas” y “reducir los naturales” a la fe cristiana y al gobierno de los españoles. A cambio de estos servicios, por supuesto, él controlaría el comercio de las especias y obtendría las ganancias⁴⁶. Cortés ordenó a su primo seguir su usual fórmula de obtener información, ofrecer alianzas, y a la vez intimidar a todos. Saavedra había de informarse sobre la política de las Molucas y sondear sus vulnerabilidades. Además, su primo había de emplear un discurso igual al que él había usado en la Conquista, y en el cual afirmaba tener accesos a verdades universales, mientras que los “indios” solo podían ver su propio entorno.

Cortés le ordenó a Saavedra hacerle entender a los “príncipes bárbaros” que no muy lejos de ahí, México tenía una enorme población de nativos y españoles, y que estos últimos tenían acceso a conocimientos y verdades universales que los moluqueños desconocían del todo⁴⁷. Ahora bien, Cortés también sabía ser diplomático cuando era

⁴³ «Carta de Tristão de Ataíde ao conde de Vimioso», *As Gavetas da Torre do Tombo*, Gulbenkiana, Lisboa, 1960, pp. 231, 235; Galvão, António, *Discoveries of the World*, trad. Drinkwater Bethune, C.R., Hakluyt, London, 1863, p. 180.

⁴⁴ Martínez, José Luís, *op. cit.*, pp. 464-466.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 497.

⁴⁶ Cortés, Hernán, *op. cit.*, pp. 354-355.

⁴⁷ Cortés recurre al mismo discurso que utilizaba en la guerra de la conquista de México, contrastando “bárbaros” y “naturales” con el universalismo cristiano de los españoles. Martínez, José Luís, *op. cit.*, vol. I, pp. 390, 413-4, 423, 460-7, 484, 497. Sobre el discurso de Cortés en la conquista, véase: Padrón, Ricardo, *The Spacious Word: Cartography, Literature, and Empire in Early Modern Spain*, Chicago University Press,

necesario, y en sus cartas personales a los reyes de las islas empleaba un discurso mucho más conciliador. Le agradecía al rey de Tidore por la ayuda brindada a la expedición de Magallanes-Elcano y le aseguraba que, al estar tan cerca en México, podría mandar con facilidad “todas las cosas que les puedan ser útiles: gentes, provisiones, y armas para la defensa y socorro de vuestras tierras y vuestra persona, y para la ofensa de vuestros enemigos si los tenéis”⁴⁸. Además de ofrecer una alianza militar, el conquistador pregona la “abundancia” de la Nueva España, cuya vasta diversidad de productos sería la base para una relación comercial de beneficio mutuo. Para dar una idea al sultán de Tidore de lo mucho que podría brindarle, Cortés cargó el galeón de su primo con muestras de productos locales. La lista se asemejaba a las matrículas de tributos de aquellos años: ahí se encuentran mil mantas de indios, dos banderas de pluma rica, cinco marcos de chalcíues [*chalchihuitl*, esmeraldas], seis arrobas de metal de Michoacán, etc.⁴⁹. Y si todo esto no convencía al sultán, Cortés también le invitó a enviar a México “algunas personas de tu gente para ver las cosas de esta tierra”⁵⁰.

Sobra decir que jamás ningún emisario de Tidore desembarcó en Zihuatanejo o en Acapulco, pues la expedición de Saavedra fracasó en su intento de hallar la *tornavuelta* a la Nueva España. Además, mientras Cortés esperaba el regreso de su primo, recibió la devastadora noticia de que el Tratado de Zaragoza había excluido, al menos legalmente, la posibilidad de enviar expediciones a las islas de especiería. En 1529, Carlos V empeñó sus derechos sobre las Molucas al rey João III, su primo y cuñado portugués, por la cantidad de 350,000 ducados. El tratado no resolvió la cuestión sobre la ubicación final de la línea de demarcación entre los dos reinos ibéricos en las Indias, pero sí colocó al archipiélago de las Molucas dentro de una zona exclusiva de Portugal. Desde Burgos a Tidore, los castellanos de todas las clases sociales quedaron atónitos al ver instantáneamente anulada la que por cuatro décadas había sido una de las motivaciones más importante de sus empresas transoceánicas. En Castilla, las cortes tomaron la poco común medida de elevar una protesta a Carlos V, pidiéndole que recuperara su empeño para que los inversionistas pudieran continuar con sus empresas. El emperador cerró el asunto y prohibió que se discutiera el tema. El cronista López de Gómara describió el shock de aquella medida entre los más ricos de Castilla: “algunos se maravillaron, otros se amargaron, y todos callaron”⁵¹. Los principales inversionistas en las empresas de las especias demandaron al emperador por las pérdidas de sus inversiones⁵². Durante los siguientes años, las repetidas órdenes oficiales de respetar los

Chicago, 2004, pp. 109-111; Pastor Bodmer, Beatriz, *The Armature of Conquest: Spanish Accounts of the Discovery of America*, Chicago University Press, Chicago, 1995, pp. 209-211.

⁴⁸ Martínez, José Luís, *op. cit.*, pp. 463-464, 484.

⁴⁹ *Ibidem*, pp. 491-503.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 484

⁵¹ López de Gómara, Francisco, *Historia general de las Indias*, Calpe, Madrid, 1922, p. 251.

⁵² «Pleito entre Haro y Su Magestad», Medina, José Toribio, *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile*, vol. II, Editorial Ercilla, Santiago, 1888, pp. 217-246; «Autos fiscales», Medina, José Toribio, *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile*, vol. II, Editorial Ercilla, Santiago, 1888, pp. 324-325.

términos del tratado no lograron sofocar la persistente ambición de alcanzar las especierías, por las buenas o por las malas.

En el Nuevo Mundo, el sueño de las especierías cobró nueva vida al límite de la legalidad. Pobladores y conquistadores buscaban formas de usar las riquezas y recursos obtenidos en el Nuevo Mundo para tener acceso a las Molucas. Irónicamente, Cortés obtuvo el título de “Capitán General del Mar del Sur” justo cuando se firmó el Tratado de Zaragoza. Prometió, sin embargo, seguir “descubriendo los secretos” de la Mar del Sur “hasta morir en ella”, y continuó en su gran empresa de construir barcos⁵³. Pero existe evidencia también de que, a la margen de estas actividades, prefería ignorar las restricciones del tratado siempre que podía. En 1532, cuando el tratado ya era noticia vieja, abogó por enviar una armada nueva desde México a las Molucas, supuestamente para rescatar a los supervivientes de las expediciones de Loaisa y Saavedra que todavía se encontraban en Tidore. Fue bastante transparente respecto a sus planes a largo plazo de regresar a las especierías. Si Castilla iba a tener presencia en las Molucas y en su comercio en el futuro, argumentó, a él debería permitírsele enviar armada tras armada para presionar a los portugueses y mantenerlos vulnerables, justo como lo que le había hecho a él su viejo rival, Diego Velásquez cuando mandó armadas “en contra de mí” durante la guerra de la Conquista. A fin de financiar estas futuras expediciones, el conquistador ofreció vender varias de sus propiedades en México⁵⁴.

El Tratado de Zaragoza, a fin de cuentas, fue poco más que un acuerdo sobre un empeño entre dos coronas. Todos los interesados en la empresa de las Molucas sabían que el tratado no establecía una demarcación definitiva. El acuerdo era totalmente opuesto a una división del planeta al estilo del de Tordesillas, que era preciso en términos de espacio y sin límite de tiempo: en teoría, Tordesillas era una demarcación absoluta y eterna. El Tratado de Zaragoza, en cambio, era totalmente reversible. Aunque fijaba fronteras entre zonas de interés castellanas y portuguesas, también incluía cláusulas de escape que permitían cancelar el tratado si los dos reinos acordaban la ubicación del antimeridiano de Tordesillas, y así mismo permitía a la corona de Castilla readquirir su empeño en retrovendendo⁵⁵. Esto le dio ambigüedad al tratado y permitió que proliferaran todo tipo de propuestas, maniobras y trucos. En 1537, los tripulantes de un navío enviado por Cortés para socorrer a Pizarro en la conquista del Perú se amotinaron y mataron a su capitán, Hernando de Grijalva. En medio del Pacífico cambiaron de rumbo hacia las Molucas. Su navío naufragó en las costas de Papúa y los supervivientes murieron o terminaron como esclavos; algunos de ellos eventualmente fueron vendidos a los portugueses en Ternate⁵⁶. Mientras tanto, otros ideaban soluciones menos arriesgadas. Un fraile que sirvió en la expedición de Villalobos, por ejemplo, propuso que

⁵³ Martínez Martínez, María del Carmen (ed.), *Hernán Cortés: Cartas y memoriales*, Junta de Castilla y León, León, 2003, p. 89.

⁵⁴ *Ibidem*, pp. 267-268.

⁵⁵ Tudela y Bueso, Juan Pérez de, *op. cit.*

⁵⁶ Gil, Juan, *op. cit.*, p. 47.

la corona vendiera algunos de sus pueblos indígenas en Nueva España a particulares y que el dinero se aplicara para retrovender el empeño de las Molucas⁵⁷.

Sin embargo, los desafíos más notables del Tratado de Zaragoza surgieron de una genealogía de derechos otorgados por la Corona para explorar el Mar del Sur desde la Nueva España. Los derechos que Cortés había conseguido pasaron, tras su caída de gracia, a Pedro de Alvarado, quien había creado un sector de construcción naval en Guatemala donde se aprovechaba la labor de la encomienda y de los esclavos. Alvarado recibió el ambiguo encargo de explorar y colonizar las islas “hacia el poniente”⁵⁸. Como Cortés, a largo plazo, Alvarado apostaba por alcanzar las especierías y así aprovechó una visita a España para reclutar a algunos de los veteranos de las expediciones de Magallanes, Loaisa y Saavedra. También obtuvo el apoyo de inversionistas y compró un esclavo asiático, Tristán de la China, para que sirviera de intérprete en una futura expedición⁵⁹. De vuelta en América, Alvarado se vio envuelto en negociaciones con el virrey de la Nueva España, Antonio de Mendoza, quien le obligó a hacerle socio en sus futuras expediciones hacia el poniente⁶⁰. Sin embargo, justo cuando su armada empezó a organizarse, Alvarado murió en la guerra del Mixtón en Nueva Galicia (Jalisco)⁶¹. Debido a sus considerables deudas, no se presentó ningún heredero, y el virrey asumió los derechos de Alvarado sobre las exploraciones del Mar del Sur. En 1542, usando principalmente los barcos que Alvarado había mandado construir en Guatemala, Mendoza envió la expedición de Cabrillo hacia California, mientras que Villalobos tuvo la tarea de hallar islas desconocidas en el poniente y determinar si poseían el mismo tipo de espectacular riqueza de las Molucas. ¿Por qué no enviar una armada virreinal para saber si quedaba algún Ophir o Tarsis por descubrir en los mares al poniente de México?⁶².

En el puerto de Navidad se preparaban los seis navíos de esta armada americana. Cuatrocientos tripulantes y soldados, llamados “españoles” en los documentos, pero en realidad provenientes de varios países europeos, se embarcaron al lado de igual número de esclavos. Además de provisiones y artículos para trueque, los barcos también llevaban un pesado e intangible cargamento, resultado de la conquista de América: expectativas, lecciones y, sobre todo, historias de un continente donde aún ardían las llamas de las primeras guerras de conquista⁶³. Producto de esta experiencia, la armada llevaba consigo una cultura de contacto cultural, un conjunto de ideas y acciones que intentaba emplear en cada encuentro, con cada prisionero o aliado, y en cada relación económica o tributaria, para sacar provecho en futuras conquistas.

⁵⁷ AGI Patronato 46, r. 1,n. 6.

⁵⁸ Varela, Consuelo, *op. cit.*, p. 2.

⁵⁹ Gil, Juan, *op. cit.* pp. 47-49.

⁶⁰ Varela, Consuelo, *op. cit.*, pp. 2-4.

⁶¹ Véase Altman, Ida, *The War for Mexico's West: Indians and Spaniards in New Galicia, 1524-1550*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 2010.

⁶² Kelsey, Harry, *Cabrillo...*, *op. cit.*, pp. 69-71; Gil, Juan, *op. cit.*, pp. 49-52.

⁶³ Varela, Consuelo, *op. cit.* pp. 6-9.

La armada zarpó, dejando atrás una tierra arrasada por las guerras. Irónicamente, el virrey, quien acababa de emprender una feroz campaña contra los indígenas de Jalisco, ordenó a los tripulantes que, en cualquier isla que encontrasen, debían entrar pacíficamente, sin robar ni faltar el respeto a las costumbres locales⁶⁴. Pero los soldados y aspirantes a conquistadores tenían el legado de la experiencia americana, que les daba órdenes más comprensibles: había más ventaja en intensificar los conflictos rápidamente, en aterrorizar y shockear a los nativos, en total desprecio de sus contextos o protocolos. Tenían órdenes explícitas de evitar a toda costa las islas Molucas y de respetar los derechos portugueses, pero el legado guerrero de los cincuenta años anteriores, repleto de órdenes cumplidas a medias y fronteras traspasadas, se juntaron con aquel gran y viejo sueño de las especierías que quedaba latente en sus empresas. Si bien su destino no era expresamente las Molucas, cuando los desastres y naufragios empezaron a sentirse, sin querer queriendo, se dirigieron directamente hacia las Molucas, las islas de fábula.

III. El meridiano indígena

El islote de Sarangani nunca figuró en los planes de la armada de Villalobos. Después de cruzar el Pacífico sin dificultades, la expedición intentó dirigirse a las Visayas, un mar de islas al norte de la gran isla de Mindanao. Pero un viento contrario que soplaba fuertemente desde el norte cambió su curso. La armada debió navegar hacia el sur de Mindanao hasta que dio con Sarangani. Poco después de llegar, las provisiones traídas desde México, que ya habían empezado a pudrirse, pronto empezaron a escasear. Los tripulantes y esclavos empezaron a pasar hambre y, en su desesperación, comieron ratas, plantas e insectos desconocidos; muchos murieron envenenados⁶⁵. Pero ¿por qué faltaban los víveres?

Cronistas e historiadores cuentan que el inadecuado abastecimiento en el puerto de Navidad fue la causa del desastre. Sin lugar a dudas, las provisiones eran de bajísima calidad y sirvieron de poco para tan largo viaje. Pero la expedición tampoco había llegado a un lugar despoblado: había llegado al sur de Filipinas, cuya economía regional gozaba de una abundante y diversificada producción agrícola, y relaciones comerciales de largo alcance con gran parte del sureste asiático, China y posiblemente con los Lequios y Japón. En casi cada poblado donde paró la expedición había mercaderes multilingües con experiencia comerciando en oro, porcelanas, textiles y alimentos de primera necesidad a través de sus extensas redes marítimas. En fin, existieron muchas oportunidades para hacer trueque de metales preciosos por provisiones como arroz o sagú. En definitiva, el archipiélago malayo, con su diversificado comercio y rica producción agrícola no era un lugar donde ochocientas personas en una expedición

⁶⁴ *Ibidem*; Altman, Ida, *op. cit.*, pp. 186-188.

⁶⁵ Hay todavía pocos detalles sobre los esclavos en la expedición. Es probable que la mayoría de ellos provinieran de la guerra del Mixtón en Jalisco y del comercio transatlántico de esclavos africanos. Según la *relación anónima* de la expedición, habían 396 “españoles diestros en guerra” y más de 400 “negros, indios, e indias de servicio para sus personas”. Varela, Consuelo, *op. cit.*, p. 38.

podrían morir de hambre a menos, claro está, que existieran otras razones para ello⁶⁶. Según los testimonios de los propios tripulantes, el hambre más bien se debió a la estela de violencia que dejaban a su paso. En no pocas ocasiones mientras navegaban por los mares de Mindanao, la violencia gratuita y repentina de la expedición culminó en atrocidades. Si bien podría parecer un anacronismo usar estas palabras para describirlo, se debe leer el asombro en los recuerdos de los mismos perpetradores. Los tripulantes, por ejemplo, confesaron que cuando los nativos de la isla de Sarangani les negaron el permiso para atracar o hacer trueque, los castellanos desembarcaron y masacraron a la población local, saquearon sus casas y ocuparon la isla. Los hombres que lograron sobrevivir huyeron, y los invasores tomaron prisioneros a quince mujeres y niños⁶⁷. De igual forma, en otro islote que los españoles llamaron Peñón, bastó una broma del gobernante local sobre la apariencia de los extranjeros para provocar otra masacre: en defensa del honor de los castellanos, los soldados arrasaron la aldea y mataron a todos los que se resistieron. El terror provocado por este repentino ataque fue tal que familias enteras de nativos, al darse cuenta de que no tenían escapatoria, saltaron desde unos riscos para encontrar la muerte. En su relación sobre la masacre, un soldado admitió que le daba tanta vergüenza que no podía dar más detalles sobre sus acciones⁶⁸. En el resto de Mindanao, las agresiones castellanas provocaron un boicot total por parte de los locales: ningún pueblo haría ni el más mínimo trueque con los invasores. Cuando el hambre obligó a Villalobos a enviar unos emisarios para conseguir bastimentos en el gran puerto mercantil de Maguindanao, los oficiales portuarios recibieron con gusto sus regalos de vino español y, justo después, los maguindanaos lanzaron contra los castellanos una lluvia de flechas⁶⁹.

Al acabarse las provisiones, los líderes de la expedición decidieron intentar cultivar maíz, otros alimentos e incluso arroz. Pero muchos tripulantes protestaron: vinieron "para conquistar, no para plantar." En todo caso, la falta de familiaridad con el entorno natural condenó el plan al fracaso. El hambre, provocada por las acciones de la expedición y la resistencia indígena, empezó a cobrar vidas y obligó a los castellanos a buscar socorro⁷⁰. Con el viento en contra impidiendo su viaje a Cebú, la epopeya de las empresas de especiería les indicó por donde navegar: hacia las Molucas.

Mientras la resistencia de los Mindanaos logró echar a los españoles de sus aguas, la geopolítica de las Molucas les abrió la puerta y les guió a puerto seguro. Además, en la expedición había varios veteranos de anteriores expediciones a las Molucas que hablaban malayo y tenían contactos con gobernantes nativos. Uno de estos veteranos

⁶⁶ *Ibidem*, pp. 68-101; Scott, William Henry, *op. cit.*, pp. 161-178; Majul, César Adib, *Muslims in the Philippines*, University of Philippines Press, Quezon City, 1999, pp. 70-71; San Agustín, Gaspar de, *Conquistas de las islas filipinas*, Madrid, 1698, pp. 24-30; Combés, Francisco, *Historia de Mindanao y Joló*, Madrid, 1897, pp. 4-7; Junker, Laura Less, *Raiding, Trading, and Feasting: The Political Economy of Philippine Chiefdoms*, University of Hawai'i Press, Honolulu, 1999, 231-242.

⁶⁷ Varela, Consuelo, *op. cit.*, pp. 70-87; Scott, William Henry, *op. cit.*

⁶⁸ Varela, Consuelo, *op. cit.*, pp. 95-96.

⁶⁹ *Ibidem*, pp. 87-90.

⁷⁰ «Relación de García de Escalante» en *ibidem*, p. 121; Biblioteca do Palácio de Ajuda, Índia Portuguesa, tomo I, f. 18r-v.

era el piloto Antonio Corço, quien guió un galeote desde Mindanao a Gilolo, un reino moluqueño que de tiempo atrás era aliado de los castellanos y antiguo adversario de portugueses y ternateños. En las siguientes semanas, el resto de la expedición de Villalobos llegó a Gilolo y, en la fortaleza portuguesa de Ternate, la noticia de la llegada de la armada novohispana a aguas moluqueñas hizo sonar las alarmas. Los portugueses prepararon argumentos legales, soldados y flotas, y presionaron y amenazaron a los reyes indígenas cuanto pudieron para impedir que se aliaran a los castellanos y gilolos⁷¹.

Mientras los ibéricos peleaban entre sí sobre la ubicación del antimeridiano, lo que resolvería los reclamos de sus reyes sobre las dos Indias, se enredaron en el meridiano de la geopolítica de las Molucas. Igual que en muchas zonas fronterizas de América, la infraestructura de las relaciones indígenas de poder y el contexto histórico local determinaron el camino de las fuerzas extranjeras y establecieron sus limitaciones en el archipiélago. El gobernante de la isla que producía más clavo, el sultán de Ternate, se alió a los portugueses, los primeros ibéricos en llegar a las Molucas. Unos años más tarde, la expedición castellana de Magallanes-Elcano encontró el apoyo del rival más acérrimo de Ternate, el sultanato de Tidore. Durante los siguientes tres siglos, cada potencia europea que llegaba al archipiélago pronto era incorporada a conveniencia de los indígenas dentro de sus estructuras y patrones⁷². Así, el antimeridiano de Tordesillas, aquel acertijo cosmográfico que tanto eludía a los ibéricos, se materializó en las Molucas, no como una pretenciosa división del planeta, sino como mero accesorio de divisiones autóctonas de mucho más abolengo en estas islas.

Los viejos patrones de la política moluqueña explican por qué le dio tanto gusto al *kaicili*, o señor, Katara Bumi del reino de Gilolo, recibir a la expedición española. Conocido en las fuentes hispanas como “Quichil Catarrabune,” el señor de Gilolo era un eterno rival del reino de Ternate y los portugueses⁷³. Por ello envió a sus más distinguidos nobles con regalos, comida y *coracoras* para sus nuevos huéspedes. Los emisarios gilolos ofrecieron la fortaleza de su capital a los españoles, dijeron, como reconocimiento del vasallaje que habían jurado quince años antes a Carlos V. Luego, el piloto Antonio Corço, que había conocido bien a Katara Bumi en la expedición de Saavedra y sabía el idioma local, viajó a la capital para negociar los términos de la estadía de sus compatriotas. Cuando entró en la ciudad “le recibieron con gran regocijo”⁷⁴. Después, el resto de los españoles llegaron en una armada de *coracoras* y tomaron posesión de la fortaleza. Villalobos y el *kaicili* sellaron su alianza con un acuerdo para compartir inteligencia, coordinar sus comunicaciones con otros gobernantes moluqueños y con los portugueses, prevenir conversiones del islam al cristianismo y viceversa, así como para

⁷¹ Varela, Consuelo, *op. cit.*, p. 13; «Carta de Jorge de Castro», *op. cit.*, p. 365; Rebelo, *op. cit.*, p. 198; «Carta do rei de Ternate», *As Gavetas da Torre do Tombo*, Gulbenkiana, Lisboa, 1960, vol. 9, p. 140.

⁷² Leonard Andaya ofrece un análisis del largo plazo de los proyectos europeos de colonización, por Portugal, Holanda, España, y Gran Bretaña (1512-1800). *Ibidem*.

⁷³ “Quichil” es un versión luso-castellano del término *kaicili* en el dialecto del moluqueño del norte, y equivale más o menos a “príncipe”. *Ibidem*, p. 282.

⁷⁴ «Relación anónima», British Library, Add. ms. 9944, ff. 73r-74r.

regular el comercio entre españoles y nativos. Los juramentos que sellaron el acuerdo reflejaban el reconocimiento mutuo entre las tres religiones de esta alianza: Villalobos juró sobre un misal, Katara Bumi lo hizo sobre un Alcorán, y los nobles gilolos gentiles hicieron su juramento colocando sus manos derechas sobre un *parao* (una canoa pequeña con balancín) en el agua mientras saludaban al Sol⁷⁵.

La alianza castellana-gilola provocó enérgicas protestas de los portugueses, quienes mandaron más requerimientos a los españoles alegando que su presencia en el archipiélago era ilegal, y a su vez los portugueses amenazaron a los gilolos con hacerles una guerra sin cuartel⁷⁶. Por su parte, el sultán de Ternate también consideró la alianza como un desafío a la hegemonía de su reino en el archipiélago, y con un tono de mal presagio, prometió “un futuro oscuro les espera a los castellanos y al rey de Gilolo”⁷⁷. Los españoles respondieron a los reclamos y amenazas portuguesas con un nuevo argumento: a pesar del Tratado de Zaragoza, tenían derecho de pedir ayuda a un reino que había jurado vasallaje a Castilla. Mientras para los españoles ese juramento convenientemente resolvía su crisis, para los portugueses representaba una amenaza, y para Katara Bumi sus repetidos juramentos de fidelidad a Carlos V a lo largo de los años tenía raíces profundas en el pasado moluqueño⁷⁸.

Gilolo era uno de los cuatro reinos originales de las Molucas y, en uno de sus mitos de origen, todos sus gobernantes afirmaban descender del mismo sagrado gobernante. El reino de Gilolo, ubicado al noreste de las cuatro islas productoras de clavo, ocupaba el norte de Halmahera, una isla con forma de orquídea cuya extensión superaba la de todas las islas vecinas juntas. Sin embargo, no había importantes bosques de clavo en Halmahera y, por ello, Gilolo no asumió un papel clave en el comercio global como lo hicieron los reinos vecinos. Gilolo y el resto de Halmahera contaban con extensas tierras agrícolas, escasas en las islas dedicadas a la producción y exportación del clavo. Gilolo era, en efecto, el granero de las Molucas⁷⁹. Es por ello que Gilolo y otros territorios en Halmahera eran blanco de campañas expansionistas por parte de las islas de clavo, ya que éstas debían importar sus alimentos básicos. Sin embargo, al resistir esas políticas expansionistas, Gilolo adquirió una importante influencia en las contiendas regionales pues tenía la opción de suspender sus exportaciones de arroz y sagú. Así lograba inclinar la balanza de poder a su favor y sacar provecho de los reinos especieros más conectados al comercio global⁸⁰.

⁷⁵ *Ibidem*, f. 78r-v.

⁷⁶ «Carta de Jorge de Castro», *op. cit.*, pp. 367-368.

⁷⁷ «Carta do rei de Ternate», *op. cit.*, pp. 139-140

⁷⁸ Biblioteca do Palácio de Ajuda, Índia Portuguesa, tomo I, f. 34r-v; Rebelo, *op. cit.*, pp. 201-208.

⁷⁹ Lobato, Manuel, «Pequenas ilhas, grandes tratos. O arquipélago das Molucas na encruzilhada de três continentes», *Anuario do Centro de Estudos de História do Atlântico*, n° 3, 2011 (pp. 715-722), pp. 718-719; «Carta de Rui Gago a el-rei de Portugal», *As Gavetas da Torre do Tombo*, Gulbenkiana, Lisboa, 1960, vol. 8, p. 609; «Carta de Tristão de Ataíde», *op. cit.*, p. 244.

⁸⁰ «Carta de Zainal Abidin Syah a Carlos V», Arquivo Nacional Torre do Tombo, Corpo Cronológico, parte I, maço 48, n° 61; Castanheda, Fernão Lopes de, *História do descobrimento e conquista da Índia pelos*

A pesar de su ventaja comparativa como productor de comestibles, debido a este proceso globalizante, a largo plazo, Gilolo perdía influencia frente a las islas del clavo. El comercio de especias abrió estas cuatro diminutas islas volcánicas al comercio de larga distancia y, por ende, sus príncipes y nobles empezaron a dirigir un proceso de globalización en la región. Durante varios siglos antes de la llegada de los ibéricos, los gobernantes de las islas del clavo tejieron relaciones comerciales con diversos mercados distantes. Los reyes de los puertos costeros de estas islas se posicionaron entre las aldeas del interior, donde se cosechaba el clavo, y los diversos comerciantes de Java, China, la India, y Arabia, que traían consigo codiciados bienes de mercancía como algodones, armas, porcelanas y más. Los nobles y reyes de las poblaciones portuarias que lograban controlar la distribución de estos productos gozaban de un prestigio que con el tiempo les abría el camino para concentrar el poder. Al mismo tiempo, junto con esos cargamentos de bienes llegaron también conceptos políticos y nuevas creencias que servían para estrechar lazos con los socios extranjeros⁸¹. En sus observaciones sobre las Molucas en 1521, Antonio de Pigafetta notó la enorme importancia que tenían los artículos importados para demostrar y ejercer el poder real⁸². Las “alianzas entre los príncipes y mercaderes-viajeros” mantenían las lucrativas conexiones con los circuitos de la Asia marítima, y servían para concentrar el poder en las islas del clavo, a costa de reinos marginados, como Gilolo⁸³.

Esta globalización estilo moluqueño dio a dos de las islas más pequeñas del archipiélago, Ternate y Tidore, predominio sobre otros reinos de más arraigo y antigüedad, como Gilolo⁸⁴. Separadas por un canal de apenas dos kilómetros de ancho, Ternate y Tidore son islas volcánicas con no más de quince kilómetros de diámetro, y en aquellos tiempos poseían los bosques de clavo más densos del planeta. Sin embargo, al depender del comercio de esta especia, carecían de terrenos cultivables para poder abastecerse de alimentos básicos, por lo que ambos reinos aprovecharon su comercio exterior para aplicar políticas expansionistas. A consecuencia de ello se desarrolló una rivalidad tan fuerte entre las dos islas que se estableció una “dualidad” en el balance de poder entre los reinos del archipiélago y, por extensión, en las relaciones de esos reinos con los extranjeros⁸⁵.

portugueses, vol. 2, Lisboa, 1552, pp. 601-603; Andaya, Leonard, «Local Trade Networks in Maluku in the 16th, 17th, and 18th Centuries», *Cakalele*, vol. 2, n° 2, 1991, p. 80.

⁸¹ Andaya, Leonard, *World of Maluku...*, *op. cit.*, pp. 56-57.

⁸² Pigafetta, Antonio, *Relazione del primo viaggio intorno al mondo*, Quem, San Bernardino, 2017, p. 83.

⁸³ Ho, Engseung, «Inter-Asian Concepts for Mobile Societies», *The Journal of Asian Studies*, vol. 76, n° 4, 2017, p. 908.

⁸⁴ Argensola, Bartolomé Leonardo de, *Conquista de las Islas Malucas*, Miraguano Ediciones, Madrid, 2009, p. 25.

⁸⁵ Andaya, Barbara y Andaya, Leonard, *A History of Early Modern Southeast Asia, 1400-1830*, Cambridge University Press, Cambridge, 2015, pp. 110-111, 164-165; Lobato, Manuel, *Política e comércio...*, *op. cit.*, p. 105; Meilink-Roelofs, M.A.P., *Asian Trade and European Influence in the Indonesian Archipelago between 1500 and about 1630*, Martinus Nijhoff, The Hague, 1962, pp. 154-156.

A su vez, esta dualidad estructuraba todas las rivalidades europeas en sus contiendas por controlar el comercio de las especias. Esta explica, por ejemplo, por qué la relación comercial preferencial de Ternate con los portugueses llevó a los gobernantes de Tidore a dar la bienvenida a los castellanos en 1521⁸⁶. Obviamente, los europeos tomaron nota de estas rivalidades locales, pero raras veces llegaron a entender el hecho de que incluso cuando los rivales moluqueños se aliaban con distintos competidores europeos, aún compartían íntimos lazos de parentesco, intercambios recíprocos y, sobre todo, un sentido de origen común que transcendía sus diferencias más visibles⁸⁷. En efecto, los moluqueños desviaban a los rivales extranjeros provenientes de sus *antípodas* y los absorbían en su propio balance de poder que, para la interminable frustración de los europeos, los moluqueños siempre estaban recalibrando.

En este contexto, la llegada de las expediciones castellanas presentó una magnífica oportunidad estratégica para los oponentes de Ternate y los portugueses. El arribo de la armada de Loaisa en 1526 abrió la posibilidad de que los castellanos continuaran enviando expediciones con frecuencia. Y efectivamente, esto fue exactamente lo que los inversionistas y oficiales reales en Castilla planeaban hacer en ese periodo: mandar dos armadas al año⁸⁸. Por eso, los gobernantes de Tidore y Gilolo reafirmaban una y otra vez sus promesas de vasallaje y lealtad a Castilla, e integraban a los soldados españoles en sus campañas militares. En los años 1520 y 1530, los castellanos pelearon al lado de sus aliados moluqueños en grandes armadas de *coracoras*, participando en razzias contra los aliados de los portugueses, y atacando aldeas fieles a Ternate⁸⁹.

El potencial geopolítico de esta alianza entre los castellanos y los reinos de Tidore y Gilolo se hizo evidente cuando, en 1527, uno de los galeones de Cortés llegó a la zona desde el Nuevo Mundo. Saavedra Cerón, primo del conquistador, había zarpado de Zihuatenejo y, a pesar de haber perdido dos de sus tres navíos en el Pacífico, llevaba el mensaje de Cortés a los reyes aliados: México estaba cerca y pronto llegarían refuerzos. Ese fue el mismo mensaje de todos los castellanos a los moluqueños en aquellos años⁹⁰. Los castellanos suministraban armas a Gilolo, supervisaban la construcción de una fortaleza que Villalobos ocuparía dieciséis años más tarde, y entrenaban a un cuerpo de mosqueteros gilolos que llegó a ser temido en todo el archipiélago⁹¹. Por siete años, los expedicionarios españoles se integraron en las instituciones indígenas: se casaron con mujeres locales, participaron en razzias y en actos de piratería bajo el mando de los gilolos, y formaron parte del comercio de larga distancia, viajando con sus socios hasta sitios

⁸⁶ Argensola, Bartolomé Leonardo de, *Conquista...*, *op. cit.*, pp. 29-30.

⁸⁷ Andaya, Barbara and Leonard, *History...*, *op. cit.*, p. 215.

⁸⁸ Solano, Francisco de, «Navíos y mercaderes...», *op. cit.*, pp. 583-592.

⁸⁹ Urdaneta, Andrés de, «Relación», Uncilla Arroita-Jáuregui, Fermín de, *Urdaneta y la conquista de Filipinas, estudio histórico*, Imprenta de la provincia, San Sebastián, 1907 (pp. 378-427).

⁹⁰ *Ibidem*, p. 404.

⁹¹ Andaya, Leonard, *World of Maluku...*, *op. cit.*, p. 122.

lejanos como Banggai y Papúa⁹². Todo esto quedó en entredicho cuando llegó la infeliz noticia del Tratado de Zaragoza: al otro lado del planeta, Carlos V había empeñado sus derechos sobre las Molucas, por 350,000 ducados, a su cuñado portugués. Para los expedicionarios de Loaisa y Saavedra, que habían arriesgado tanto, la noticia era imposible de creer⁹³.

Mientras los españoles se hacían cada vez más dependientes de sus anfitriones gilolos a finales de los 1520, la violencia colonial de los portugueses forzó un nuevo alineamiento de alianzas indígenas. Las ambiciones de los sultanes de Ternate por concentrar el poder regional les habían llevado a aliarse con Portugal, pero después de veinte años esta unión llegó a ser más un cautiverio que una alianza. La lista de atrocidades portuguesas fue larga y creciente: los capitanes portugueses solían ejecutar a los altos cargos y consejeros de la casa real, y tomaban a los reyes y a sus herederos como rehenes. De hecho, arrasaron los palacios reales de Bacan, Tidore y Morotai, supuestamente para castigarles por ofensas o para mantener su monopolio sobre el comercio de clavo⁹⁴.

El colmo fue cuando los portugueses asesinaron al *kaicili* Darwis, el regente y gobernador del reino. En las Molucas quedaba claro que la estrategia portuguesa había cambiado. Si bien al principio estaban dispuestos a trabajar dentro de las estructuras indígenas de comercio, diplomacia y guerra, ahora estaban siguiendo una política colonial, cuya meta era eliminar a las autoridades nativas y gobernar desde su fortaleza⁹⁵. Esto unió a los enemigos y aliados de Ternate, que formaron un frente común anti-luso⁹⁶. A la cabeza de esta resistencia estaba la reina madre de Ternate, la *naicili* (reina madre-regente) Boki Raga, quien dirigió el asedio de la fortaleza portuguesa⁹⁷. Como hicieron los mindanaos con los castellanos una década después, Boki Raga bloqueó el suministro de abastecimientos a la fortaleza. Los ternateños incluso amenazaron con destruir todos los bosques de clavo para deshacerse de aquella semilla de la discordia que había desatado tanta destrucción⁹⁸.

Mientras reunía a su coalición para expulsar a los portugueses de las Molucas, la reina Boki Raga buscó el apoyo de los castellanos y sus aliados gilolos para echar a los portugueses de las Molucas. Boki Raga les ofreció la posesión de la fortaleza portuguesa de Ternate y toda su artillería a cambio de su apoyo en la guerra. La *naicili* también prometió avasallarse a Castilla, con lo que los castellanos

⁹² «Carta de Tristão de Ataíde», *op. cit.*, pp. 401, 418-424; Fernández de Oviedo, Gonzalo, *op. cit.*, p. 85.

⁹³ Urdaneta, *op. cit.*, p. 414.

⁹⁴ Andaya, Leonard, *World of Maluku...*, *op. cit.*, pp. 119-121.

⁹⁵ «Carta de Tristão de Ataíde», *op. cit.*, pp. 244-245.

⁹⁶ Sá, Artur Basílio de, *Documentação para a história das missões do padroado português do Oriente*, vol. I, Agência Geral do Ultramar, Lisboa, 1955, p. 248; Galvão, António, *A Treatise on the Moluccas*, trad. Jacobs, Hubert, Jesuit Historical Institute, Rome, 1970, p. 219.

⁹⁷ Andaya, Leonard, *World of Maluku...*, *op. cit.*, p. 283; Abdurrachman, Paramita, «Niachile Pokaraga: A Sad Story of a Moluccan Queen», *Modern Asian Studies*, vol. 22, n° 3, 1988 (pp. 571-592); Urdaneta, *op. cit.*, p. 420.

⁹⁸ Galvão, António, *Treatise...*, *op. cit.* p. 227; Argensola, Bartolomé Leonardo de, *op. cit.*, p. 57.

tendrían control sobre el comercio exterior del clavo⁹⁹. Por su parte, los gilolos les suplicaron a los castellanos aliarse a la reina ternateña. Sin embargo, a pesar de que la reina les ofreció exactamente lo que los castellanos llevaban décadas buscando, la oferta de alianza puso en evidencia su vulnerable posición. Primero, la noticia del Tratado de Zaragoza indicaba que ya no podían seguir esperando que llegaran refuerzos desde México ni mucho menos desde España¹⁰⁰.

Además, incluso si lograban echar a los portugueses, los castellanos sabían que podrían lanzar una reconquista desde Malaca o la India. Y si no tenían esperanzas de obtener refuerzos, su utilidad para sus aliados disminuiría con el tiempo, posiblemente justo después de expulsar a los portugueses. Esto provocó otra duda de carácter más antropológico: los castellanos se preguntaron si debían ayudar en una “rebelión general... de estos indios” contra unos rivales que, a fin de cuentas, eran cristianos como ellos. Y habiendo ayudado a los “indios” a derrotarlos, ¿no podrían ellos mismos ser los siguientes?¹⁰¹. En este momento crítico, lograron convencer a sus aliados gilolos a quedarse fuera de la guerra de Boki Raga. Después, cerraron filas con sus antiguos enemigos lusos frente a esta rebelión de “indios.” Se rindieron a los portugueses en vez de esperar un socorro desde México¹⁰². Al final, diecisiete supervivientes se entregaron a la fortaleza portuguesa, que logró sobrevivir el levantamiento de Boki Raga¹⁰³.

Por ello, cuando los españoles regresaron a las Molucas ocho años más tarde, ya se había establecido un patrón que integraba a los castellanos en las contiendas regionales, sobre todo en las ambiciones de Gilolo. El *kaicili* Katara Bumi persiguió el mismo sueño que Boki Raga e intentó formar una gran coalición contra los portugueses¹⁰⁴. En cuanto desembarcaron los castellanos, los gilolos les dieron la bienvenida en español, prometieron su lealtad a Castilla y empezaron a pensar en cómo sus antiguos aliados podrían ayudarles¹⁰⁵. La llegada de Villalobos tuvo el efecto inmediato de reconciliar Gilolo y Tidore, que en recientes años estaban enemistados¹⁰⁶. Y otra vez, los reinos indígenas dejaron que la posibilidad de recibir refuerzos castellanos influyera en sus decisiones. El rey de Tidore urgió a los españoles a no perder la esperanza y ofreció su reino para construir galeones que pudiesen navegar a México¹⁰⁷. Para ello les dio carpinteros, cordeleros y las mejores maderas de sus bosques. Pero de nuevo los españoles desilusionaron a sus supuestos aliados y fracasaron en hallar el tornaviaje a México. Villalobos rechazó las peticiones de muchos de sus soldados de estrechar sus relaciones con los moluqueño, insistiendo que habían de respetar el

⁹⁹ Urdaneta, *op. cit.*, p. 420.

¹⁰⁰ *Ibidem*, pp. 420-421.

¹⁰¹ *Ibidem*, pp. 420-427.

¹⁰² «Carta de Zainal...», *op. cit.*, PT/TT/CC/1/48/61.

¹⁰³ Urdaneta, *op. cit.*, pp. 420-427.

¹⁰⁴ *Ibidem*, p. 142.

¹⁰⁵ «Relación anónima», British Library, Add. ms. 9944, f. 72r.

¹⁰⁶ British Library, Add. ms. 9944, f. 79r; «Relación de García de Escalante» en Varela, Consuelo, *op. cit.*, p. 132.

¹⁰⁷ Varela, Consuelo, *op. cit.*, p. 150.

Tratado de Zaragoza. Habiéndose agotado sus opciones, el capitán negoció la rendición de toda su expedición a los portugueses. Y en una escandalosa concesión, aceptó la petición de los lusos para usar sus soldados en una campaña de sangre y fuego contra los mismísimos gilolos que, apenas unos meses antes, les habían salvado del hambre¹⁰⁸.

Para muchos en la expedición, la rendición de Villalobos fue una traición de todos los sacrificios que habían hecho a lo largo del meridiano indígena, esa línea que llegó a eclipsar la demarcación ibérica. En una serie de combativos requerimientos, un grupo de indignados tripulantes alzó sus protestas. El apoyo de un aliado leal como Gilolo, argumentaban, no se debía descartar. El rey se había declarado vasallo de España, les había socorrido en su hora de necesidad y tenía fortaleza ya construida. Un aliado así, en un lugar tan codiciado, pero también tan remoto, debía recibir protección en vez de abandono. Los inconformes también presentaron un nuevo argumento cosmográfico de grandes ramificaciones: Gilolo, les parecía, no entraba dentro de la demarcación portuguesa del Tratado de Zaragoza porque no producía clavo¹⁰⁹.

Expusieron una visión alternativa, la de los ambiciosos tripulantes que anhelaban encontrar una manera de acceder a las Molucas. Un marinero, Juan Gaitán, lo expresó en una carta, en la que propuso que los españoles se quedaran en las Molucas no obstante el tratado. Con refuerzos llegados de la Nueva España, fácilmente derrotarían a los portugueses¹¹⁰. Así, pese a las claras instrucciones de evitar las Molucas y, a pesar de la gran distancia que les separaba de México, la atracción del archipiélago perduraba y muchos estaban dispuestos a buscar mantener su presencia en el archipiélago. De hecho, al contrario de la propaganda en las fuentes ibéricas contra las Molucas y sus habitantes, algunos españoles permanecieron en las islas: según el cronista y veterano portugués Gabriel Rebelo, se quedaron “ricos y bien alimentados, sin querer salirse debido al buen tratamiento que recibían”¹¹¹.

A fin de cuentas, la derrota de las expediciones castellanas en las Molucas tenía tanto que ver con la política indígena como con el fracaso de la tornavuelta a México. Los patrones de la política indígena alinearon a los que desafiaban el poder monopolizante de Portugal y Ternate con los castellanos, que no podían cumplir con sus promesas de enviar refuerzos e iniciar relaciones comerciales. Después de la rendición de Villalobos, los gobernadores portugueses lanzaron una serie de feroces campañas para castigar a Gilolo. En 1551 quemaron la capital y redujeron el reino a un tributario de Ternate. A pesar de sus malas relaciones con la realeza de Ternate, los portugueses contaban con su apoyo pues a fin de cuentas estas campañas expandieron los territorios del reino¹¹². En apariencia, ya para la década de los 1550 los portugueses habían

¹⁰⁸ *Ibidem*, pp. 152-156, 172.

¹⁰⁹ *Ibidem*, pp. 169-170.

¹¹⁰ «Relazione di Iuan Gaitan», Ramusio, Giovanni Battista, *Navigazioni e viaggi*, vol. I, Einaudi, Torino, 1978, pp. 1001-1002.

¹¹¹ Rebelo, *op. cit.*, p. 270.

¹¹² «Carta do rei de Ternate», *op. cit.*, pp. 139-140; Sá, Artur Basílio de, *op. cit.*, pp. 213-270.

asegurado su control sobre el archipiélago: destruyeron Gilolo, establecieron un nuevo modelo de gobierno indirecto con el Sultán Hairun, y supervisaban una empresa misionera en plena expansión. Llevaban a cabo estas políticas con la total ausencia de más armadas de la Nueva España.

Sin embargo, el aparente éxito portugués solo fue un espejismo. En las Molucas, el meridiano indígena siempre se reimponía. A veces dividía los grupos extranjeros para balancear el poder de los reinos autóctonos, mientras que en otras ocasiones reunía coaliciones de reinos autóctonos para movilizarlos contra una potencia extranjera monopolizante. La soberbia de los portugueses provocó una nueva oleada de resistencia a finales de los 1550. Cuando el Sultán Hairún de Ternate protestó contra las conversiones en masa al cristianismo en algunos territorios de Ternate, los portugueses le asesinaron. Su sucesor, el Sultán Baabullah, movilizó la resistencia contra los portugueses y supervisó una especie de confesionalización islámica en su reino, obligando a los conversos al cristianismo a reconvertirse al islam. El sultán se conectó con discursos islámicos de resistencia al colonialismo portugués que empezaban a extenderse por el mundo del Océano Índico¹¹³. En efecto, Baabullah logró lo que tanto quería su abuela Boki Raga: expulsó a los portugueses de Ternate.

Así, en sus esfuerzos por balancear y rebalancear el poder entre fuerzas locales y extranjeras, los moluqueños atrajeron nuevos rivales foráneos a su archipiélago: acehneses, ingleses y, después de 1578, otra vez a los castellanos. Más de treinta años después de haber salido deshonorados, los españoles regresaron hechizados por la posibilidad de finalmente poseer las islas. Y de nuevo se enredaron en el meridiano indígena, esta vez en una serie de guerras contra sultanatos islámicos, corsarios ingleses y sobre todo, contra la Compañía Holandesa de las Indias Orientales y sus aliados indígenas. La factura en sangre y tesoros la pagaría sobre todo Hispanoamérica.

IV. Ya no hay fábulas

Tres décadas después de que la expedición de Villalobos abandonara las Molucas, los castellanos regresaron. El viaje de Legazpi en 1565 y la exitosa *tornavuelta* de Urdaneta a México cambió de forma decisiva el papel del Nuevo Mundo en el Pacífico. En los años 1570s resurgió el apetito de los españoles por las especierías. En Filipinas, México y España se esperaba una nueva conquista de las Molucas en un contexto geopolítico nuevo, en el cual el Mar del Sur conectaba a Asia con América. Los españoles ya tenían asentamientos en Filipinas y el gobernador, Ronquillo de Peñalosa, quería reunir inteligencia sobre las Molucas. Por ello envió a un alférez, Francisco de Dueñas, quien, nos dicen los cronistas, fue a las Molucas vestido como mercader Sangley. Este español vestido de chino visitó varias islas y tomó nota de las fuerzas de los nativos y los portugueses, y se enteró del "humor e inclinaciones" de los nativos ante el posible

¹¹³ Andaya, Leonard, *World of Maluku...*, op. cit., pp. 132-143; Argensola, Bartolomé Leonardo de, op. cit., pp. 156-168.

regreso de los castellanos para comerciar e incluso para “gobernarlos”¹¹⁴. Por su parte, los portugueses habían sido expulsados de Ternate por el Sultán Baabullah y, en vez de mandar requerimientos a los españoles para que salieran de Filipinas, su frágil situación les obligó a pedirles ayuda contra los ternateños. El tratado de Zaragoza, por ende, perdió su relevancia¹¹⁵.

El Mar del Sur fue una extensión marítima del Nuevo Mundo, un espacio sobre el cual los colonos españoles podían proyectar sus sueños más ambiciosos y poner a prueba sus límites. En la geopolítica más temprana del Nuevo Mundo, las Molucas eran las islas de fortuna por excelencia; su existencia confirmada, allá al otro lado del horizonte occidental, en un mar que todavía era inconmensurable, marcaba las primeras exploraciones europeas del continente americano y sus mares. Pero las Molucas eran más que una idea o un sueño; también tenían un papel material como frontera marítima del Nuevo Mundo. Como en las otras fronteras de Hispanoamérica, lo que para los europeos era una frontera, para los indígenas era un meridiano. Y en las Molucas, el meridiano indígena, la profunda historia de la región y sus divisiones políticas, marcaba los límites de lo posible. Tal como el primer encuentro entre América y Asia, la historia de las Molucas en la historia de Hispanoamérica, tanto el ideal como la frontera marítima indígena, fue un momento constitutivo de la historia transpacífica.

Desde el momento en que las islas de especiería aparecieron en el horizonte de los conquistadores que miraban hacia el Mar del Sur en 1513, hasta el repliegue de los últimos soldados del archipiélago en 1666, las Molucas marcaron los límites del Nuevo Mundo. En vez de beneficiarse del comercio global de especias, a la Nueva España le tocó el papel de asegurador: sus situados de plata sostuvieron los presidios españoles por décadas. Mientras tanto, los soldados reclutados, gran parte de ellos a la fuerza, defendían los intereses de España en las fortalezas más alejadas del imperio. Los contingentes de mexicanos, filipinos y peninsulares peleaban contra los holandeses, sus aliados moluqueños y los soldados provenientes del Océano Índico, en una de las primeras guerras globalizadas¹¹⁶. Cuando no morían en el campo de batalla, morían de enfermedades o de hambre en presidios mal abastecidos. Con tanto sufrimiento y pagando un costo tan alto, las Molucas dejaron de ser objeto de las ambiciones y sueños de aventureros hispanoamericanos. Las míticas islas de ensueño se alejaban más y más de estas enmarañadas tierras hacia las aguas aún inexploradas del vasto Pacífico. Así, las islas de fábula, que de tantas maneras formaron la temprana historia de Hispanoamérica, se convirtieron en su trinchera.

¹¹⁴ *Ibidem*, pp. 130-137.

¹¹⁵ Archivo General de Indias, Patronato 49, r. 12.

¹¹⁶ Mawson, Stephanie, «Unruly Plebeians and the Forzado System: Convict Transportation between New Spain and the Philippines during the Seventeenth Century», *Revista de Indias*, vol. 73, 2013 (pp. 693-730).

Bibliografía.

1. Abdurrachman, Paramita, «Niachile Pokaraga: A Sad Story of a Moluccan Queen», *Modern Asian Studies*, vol. 22, nº 3, 1988 (pp. 571-592).
2. Altman, Ida, *The War for Mexico's West: Indians and Spaniards in New Galicia, 1524-1550*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 2010.
3. Álvarez, Luís Alonso, «Caminos sobre la mar. Las expediciones a las islas de la especiería después de Magallanes, 1525-1564», *Historia Mexicana*, vol. LXXII, nº 2, 2022 (pp. 539-614).
4. Andaya, Barbara y Andaya, Leonard, *A History of Early Modern Southeast Asia, 1400-1830*, Cambridge University Press, Cambridge, 2015.
5. Andaya, Leonard, «Local Trade Networks in Maluku in the 16th, 17th, and 18th Centuries», *Cakalele*, vol. 2, nº 2, 1991.
6. Andaya, Leonard, *The World of Maluku: Eastern Indonesia in the Early Modern Period*, University of Hawaii Press, Honolulu, 1993.
7. Argensola, Bartolomé Leonardo de, *Conquista de las Islas Malucas*, Miraguano Ediciones, Madrid, 2009.
8. Biblioteca do Palácio de Ajuda, Índia Portuguesa, tomo I.
9. Campbell, I.C. «The Culture of Culture Contact: Refractions from Polynesia», *Journal of World History*, vol. 14, nº 1, 2003.
10. «Carta de D. Jorge de Castro», *As Gavetas da Torre do Tombo*, Gulbenkiana, Lisboa, 1960.
11. «Carta de confirmação do contrato de Maluco», *As Gavetas da Torre do Tombo*, Gulbenkiana, Lisboa, 1960.
12. «Carta de Rui Gago a el-rei de Portugal», *As Gavetas da Torre do Tombo*, Gulbenkiana, Lisboa, 1960.
13. «Carta de Tristão de Ataíde ao conde de Vimioso», *As Gavetas da Torre do Tombo*, Gulbenkiana, Lisboa, 1960.
14. «Carta de Zainal Abidin Syah a Carlos V», Arquivo Nacional Torre do Tombo, Corpo Cronológico, parte I, maço 48, nº 61.
15. «Carta do Rei Aerio», *As Gavetas da Torre do Tombo*, Gulbenkiana, Lisboa, 1960.
16. «Carta do rei de Ternate», *As Gavetas da Torre do Tombo*, Gulbenkiana, Lisboa, 1960.
17. Castanheda, Fernão Lopes de, *História do descobrimento e conquista da Índia pelos portugueses*, vol. 2, Lisboa, 1552.
18. Castanheda, Fernão Lopes de, *História do descobrimento e conquista da Índia pelos portugueses*, Lisboa, 1883.

19. Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de ultramar, vol. 2, Sucesores de Ribadeneyra, Madrid, 1885.
20. Combés, Francisco, *Historia de Mindanao y Joló*, Madrid, 1897.
21. Cortés, Hernán, *Cartas de relación*, Porrúa, Ciudad de México, 2005.
22. D'Arcy, Paul, *The People of the Sea: Environment, Identity, and History of the Pacific: 1500-1900*, University of Hawai'i Press, Honolulu, 2006.
23. Dening, Greg, *Islands and Beaches: Discourses on a Silent Land: Marquesas, 1774-1880*, University of Hawai'i Press, Honolulu, 1980.
24. Denucé, Jean, *Magellan, la question des Moluques et la premiere circumnavigation du globe*, Hayez, Bruselas, 1911.
25. Esguerra Abadía, Ramón, «La idea del antimeridiano», ed. Mota, A. Teixeira de, *A viagem de Fernão de Magalhães e a questão das Molucas*, Junta de Investigações Científicas do Ultramar, Lisboa, 1975.
26. Fernández-Armesto, Felipe, *Straits: Beyond the Myth of Magellan*, University of California Press, Berkeley, 2022.
27. Fernández de Oviedo, Gonzalo, *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra-firme del mar océano*, Real Academia de la Historia, Madrid, 1852.
28. Freedman, Paul, *Out of the East: Spices and the Medieval Imagination*, Yale University Press, New Haven, 2008.
29. Galvão, António, *Discoveries of the World*, trad. Drinkwater Bethune, C.R., Hakluyt, London, 1863.
30. Galvão, António, *A Treatise on the Moluccas*, trad. Jacobs, Hubert, Jesuit Historical Institute, Rome, 1970.
31. Gerhard, Peter, *A Guide to the Historical Geography of New Spain*, University of Oklahoma Press, Norman, 1993.
32. Gil, Juan, *Mitos y utopías del descubrimiento, Vol. 2: El Pacífico*, Alianza, Madrid, 1989.
33. Gruzinski, Serge, *The Eagle and the Dragon: Globalization and European dreams of Conquest in China and America in the Sixteenth Century*, Polity Press, Cambridge, 2014.
34. Herrera y Tordesillas, Antonio de, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas i tierra firme del mar océano*, Madrid, 1601.
35. Ho, Engseng, «Inter-Asian Concepts for Mobile Societies», *The Journal of Asian Studies*, vol. 76, n° 4, 2017.
36. Iglar, David, *The Great Ocean: Pacific Worlds from Captain Cook to the Gold Rush*, Oxford University Press, Oxford, 2013.
37. Junker, Laura Less, *Raiding, Trading, and Feasting: The Political Economy of Philippine Chiefdoms*, University of Hawai'i Press, Honolulu, 1999.
38. Kamen, Henry, *Empire: How Spain became a World Power*, Harper Collins, New York, 2003.
39. Keay, John, *The Spice Route: A History*, University of California Press, Berkeley, 2007.
40. Kelsey, Harry, *Cabrillo*, Huntington Library Press, San Marino, 1986.

41. Kelsey, Harry, *The First Navigators: Unsung Heroes of the Age of Discovery*, Yale University Press, New Haven, 2016.
42. León Portilla, Miguel, *Hernán Cortés y la Mar del Sur*, Algaba, Madrid, 2005.
43. Lobato, Manuel, *Política e comércio dos portugueses na Insulíndia: Malaca e as Molucas de 1575 a 1605*, Instituto Português do Oriente, Macau, 1999.
44. Lobato, Manuel, «Pequenas ilhas, grandes tratados. O arquipélago das Molucas na encruzilhada de três continentes», *Anuario do Centro de Estudos de História do Atlântico*, nº 3, 2011 (pp. 715-722).
45. López de Gómara, Francisco, *Historia general de las Indias*, Calpe, Madrid, 1922.
46. Majul, César Adib, *Muslims in the Philippines*, University of Philippines Press, Quezon City, 1999.
47. Maroto Camino, Mercedes, *Exploring the Explorers: Spaniards in Oceania, 1519-1794*, Manchester University Press, Manchester, 2008.
48. Martínez, José Luís, *Documentos cortesianos*, vol. I, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 1993.
49. Martínez Martínez, María del Carmen (ed.), *Hernán Cortés: Cartas y memoriales*, Junta de Castilla y León, León, 2003.
50. Mawson, Stephanie, «Unruly Plebeians and the Forzado System: Convict Transportation between New Spain and the Philippines during the Seventeenth Century», *Revista de Indias*, vol. 73, 2013 (pp. 693-730).
51. McNutt, Francis Augustus, *Letters of Cortes*, vol. I, G.P. Putnam's Sons, New York, 1908.
52. Medina, José Toribio, *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile*, vol. II, Editorial Ercilla, Santiago, 1888.
53. Meilink-Roelofs, M.A.P., *Asian Trade and European Influence in the Indonesian Archipelago between 1500 and about 1630*, Martinus Nijhoff, The Hague, 1962.
54. Navarrete, Martín Fernández de, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los Españoles desde fines del siglo XV*, Madrid, 1837.
55. Padrón, Ricardo, *The Spacious Word: Cartography, Literature, and Empire in Early Modern Spain*, Chicago University Press, Chicago, 2004.
56. Padrón, Ricardo, *The Indies of the Setting Sun: How Early Modern Spain Mapped the Far East as the Transpacific West*, Chicago University Press, Chicago, 2020.
57. Pastor Bodmer, Beatriz, *The Armature of Conquest: Spanish Accounts of the Discovery of America*, Chicago University Press, Chicago, 1995.
58. Pigafetta, Antonio, *Relazione del primo viaggio intorno al mondo*, Quem, San Bernardino, 2017.
59. Rebelo, Gabriel, «Informação sobre as molucas», Sá, Artur Basílio de, *Documentação para a história das missões do padroado português do Oriente*, Agência Geral do Ultramar, Lisboa, 1955.
60. «Relazione di Iuan Gaitan», Ramusio, Giovanni Battista, *Navigazioni e viaggi*, vol. I, Einaudi, Torino, 1978.
61. Reséndez, Andrés, *Conquering the Pacific: An Unknown Mariner and the Final Great Voyage of the Age of Discovery*, Houghton Mifflin, Boston, 2021.

62. Rubio Mañé, José Ignacio, «La expedición de Miguel López de Legazpi a Filipinas», *Boletín del Archivo General de la Nación*, vol. 5, 1964 (pp. 427-798).
63. Sá, Artur Basílio de, *Documentação para a história das missões do padroado português do Oriente*, vol. I, Agência Geral do Ultramar, Lisboa, 1955.
64. San Agustín, Gaspar de, *Conquistas de las islas filipinas*, Madrid, 1698.
65. Santa Cruz, Alonso de, *Crónica del Emperador Carlos V*, vol. 5, Imprenta del Patronato de huérfanos, Madrid, 1923.
66. Scott, William Henry, *Barangay: Sixteenth-Century Philippine Culture and Society*, Ateneo de Manila University Press, Manila, 1994.
67. Solano, Francisco de, «Navíos y mercaderes en la ruta occidental de las especias (1519-1563)», ed. Mota, A. Teixeira de, *A viagem de Fernão de Magalhães e a questão das Molucas*, Junta de Investigações Científicas do Ultramar, Lisboa, 1975.
68. Soler, Isabel, *Magallanes & Co.*, Acantilado, Madrid, 2022.
69. Spate, O.H.K. *The Spanish Lake*, ANU Press, Canberra, 2004.
70. Stampa, Leopoldo, *Los galeones de las especias: España y las Molucas*, Edaf, Madrid, 2020.
71. Urdaneta, Andrés de, «Relación», Uncilla Arroita-Jáuregui, Fermín de, *Urdaneta y la conquista de Filipinas, estudio histórico*, Imprenta de la provincia, San Sebastián, 1907 (pp. 378-427).
72. Varela, Consuelo, *El Viaje de don Ruy López de Villalobos a las islas del Poniente, 1542-1548*, Cisalpino-Goliardica, Milán, 1983.
73. Valdez-Bubnov, Iván, *La conquista y el mar: una historia global*, UNAM, Ciudad de México, 2021.
74. Wey Gómez, Nicolás, *The Tropics of Empire: Why Columbus Sailed South to the Indies*, MIT Press, Cambridge, 2008.